Adrien Bosc

LA COLUMNA

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
I. En la columna
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Carta a Georges Bernanos
II. Una carta en una billetera
Historias
Exilios
Cartas
Entierros
Nota del autor
Créditos
Últimos títulos
Créditos

SINOPSIS

En agosto de 1936, a comienzos de la Guerra Civil, la pensadora Simone Weil, que aún no ha cumplido treinta años, se dirige al frente de Aragón para unirse al Grupo Internacional de la Columna Durruti. Allí, sufre un accidente y acaba regresando a Francia. De los cuarenta y cinco días que pasó en España poco se conserva: un pasaporte, notas para un Diario, cartas y fotografías de ella con uniforme... Para Simone, actuar, escribir y pensar eran una única y misma cosa. Y en todo la guiaban la pasión y el deseo de justicia. En medio del caos de una guerra, Adrien Bosc nos cuenta una vida intensísima y trágica en la que hizo mella sus vivencias en España. A lo largo de la obra no solo seguimos los pasos de Simone Weil, sino también los de otros milicianos, asistimos a alguna polémica, y nos acercamos a la visión (aparentemente opuesta) del escritor Georges Bernanos sobre la Guerra Civil, que se hallaba en Mallorca. Pese a las diferencias ideológicas entre ambos, una carta de Weil a Bernanos desvela hasta qué punto ser testigos de la violencia supuso para ambos un cambio.

ADRIEN BOSC

LA COLUMNA

Traducción del francés
de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Para Kaouther y para Ismaël.
En memoria de mi padre.

Bajo nuestro suelo, hay una salvaje peregrinación de cadáveres aterrados ante la posibilidad de que los vivos los vuelvan a encontrar.

MANUEL VILAS, *Alegría*

Columna: cuerpo de tropa dispuesto en un orden que tiene poco frente y mucha profundidad.

Diccionario Littré

En agosto de 1936, al poco de comenzar la guerra civil española, la filósofa Simone Weil, que entonces tiene veintisiete años, se alista en el Grupo Internacional de la Columna Durruti, en el frente de Aragón. Pasa cuarenta y cinco días en España, de los que nada o casi nada sabemos: apuntes de un Diario de España *que llevó en un cuaderno Moleskine del que se han conservado treinta y cuatro hojas, primeras impresiones de la guerra y frases de gramática española escritas en hojas sueltas. Un pasaporte con los sellos de la Generalitat de Catalunya y del Comité Central de las milicias. Cartas y algunas fotografías*.

I
En la columna

1

Amanece y el río despierta.

Simone pasa entre tupidas ramas de altas retamas y sobre una alfombra de helechos, y echa a caminar a campo traviesa. Llega al talud y, a gatas, trepa hasta la trinchera; es un agujero hecho en el suelo en el que cabe justo una persona. Levanta la cabeza y se ve cubierta por numerosos álamos de fino tronco.

El aire es templado. La luz, aunque tenue, es hermosa, dorada, delicada. Una ráfaga de viento mece las copas de los árboles; una garza que anida en lo alto echa a volar y empieza a dar vueltas por encima del agua. Se oye un ruido, como el de una sombra que surgiera de la noche. El tiempo se detiene. El bosque entero resuena. La niebla, que va adensándose a medida que el sol penetra en la alameda, lo envuelve todo: la llanura ya no es sino una gran nube que cubre la tierra y la engulle. Simone no tiembla, sujeta firmemente su fusil. Solo se oyen los ruiditos del vaivén de la barca, el golpeteo del agua en el casco. Sus compañeros, escondidos entre las cañas, le hacen señas de que avance. Sube a su vez en la barca y se sienta entre dos latas de gasolina. Antes de que crucen, Simone pide que le carguen el fusil. No tiene miedo.

La luz rasante de la mañana seca la hierba. En un sotobosque descubren dos cadáveres tirados en el suelo. Por las boinas rojas que llevan, saben que son requetés, voluntarios católicos de Navarra y de Aragón. Los registran. En el uniforme de uno encuentran un diario de ruta en el que el miliciano informa de las posiciones enemigas y de las acciones en las que ha participado. El delegado de la columna se lo guarda en el bolsillo.

Instantes después, el grupo se divide en dos: unos siguen en dirección a la granja, otros vuelven al río. «¡Vamos a por melones!», grita Pascual. Después, transcurren largos minutos en los que nada sucede. Como si estuvieran junto a una cascada, el fragor del agua resuena en el silencio.

2

Nueve días antes, Simone Weil cambiaba de tren en Perpiñán y cruzaba sola la frontera. En su gran maleta de cuero marrón llevaba un jersey de invierno, dos camisas gruesas, cinco cajetillas de Gauloises, unos lapiceros bien afilados, un cuaderno de notas y una cazadora.

Esperaba en Portbou para tomar los ferrocarriles españoles. En la sección local de las milicias antifascistas le habían estampado el sello de la Generalitat de Catalunya en el pasaporte. Entraba en un país en guerra porque no soportaba quedarse de brazos cruzados. Siempre se había considerado una pacifista, alguien incapaz de vestir un uniforme y empuñar un fusil. Pero dos días antes, al término de una reunión de apoyo a los republicanos españoles, decidió que iría a combatir. Volvió a su casa familiar, en la calle Auguste-Comte, presa de un fervor que sus padres conocían bien, un fervor que no admitía que nadie la contradijera ni le aconsejara prudencia, el mismo fervor que la había llevado a dejar la enseñanza y la filosofía para irse a trabajar a la fábrica, hacerse obrera prensadora, calderera en el horno de bobinas de cobre de la casa Alsthom, fresadora en la fábrica Renault. Hay que implicarse en cuerpo y alma, decía. Lo mismo en la guerra como en la lucha obrera, en el frente como en la fábrica: la fraternidad es un impulso del corazón. Los que la experimentan consideran inmoral rehuir el compromiso, odioso clamar contra la desgracia sin arriesgarse a sufrirla.

Escribir, pensar, actuar son una y la misma cosa.

Un perro callejero la había olfateado al salir de la estación y desde entonces la seguía. En la terraza del bar de la rada escribía a sus padres: «Podéis estar tranquilos, voy como periodista». Mientras esperaba el tren para Barcelona, leía las noticias en un periódico que había comprado en el quiosco de la estación de ferrocarril: el asedio de Zaragoza y el combate naval en las Baleares; los resultados de la víspera en los Juegos de Berlín, en lucha y en cinco mil metros; en los Pirineos, un alud de nieve había sepultado a seis excursionistas parisinos y dos habían muerto; Francia enviaba a las demás potencias un comunicado en el que definía el principio de no intervención; al final de la columna, debajo de un recuadro, en la sección de sucesos,

se leía: «Aparece un cadáver en el río Marne y un hombre reconoce a su hijo, desaparecido hace más de un mes, pero al final se descubre que la presunta víctima trabajaba de portero en París». Dos veces tuvo que encenderse el cigarrillo, rascando la cerilla contra el viento.

El tren partió a primera hora de la tarde en dirección a Barcelona. En cada parada, el vagón se llenaba de jóvenes con gorra y bufanda y un arma enfundada, bien a la vista. Atravesaban un paisaje de barrancos abruptos, de polvo rojo y vegetación negruzca que una luz de incendio iluminaba. En Mataró todo brillaba en dirección a las montañas, una cumbre quemada, las pendientes ocres por donde corren las lluvias de verano, el mar, abajo, que el tren bordeaba, y las centrales eléctricas del otro lado. Por la ventana se colaba el aire del Mediterráneo. Simone, encogida, respiraba aquel viento que sabía a sal.

Cuando salió de la estación de Francia, no se sorprendió. Si le hubieran dicho que todo había cambiado, no se lo hubiera creído. Era la misma ciudad. Ni más ni menos. Como mucho, parecía el decorado de una ciudad engalanada en día festivo. Aquí una iglesia convertida en casa del pueblo, allí un hotel transformado en cuartel general o un restaurante donde se daba de comer a la tropa, y por todas partes, en las paredes y en los automóviles, como adornos de carnaval, se veían, pintadas con brocha gorda, en caracteres chorreantes, las siglas de partidos y sindicatos: CNT, FAI, POUM. Y carteles pegados a las farolas, y pancartas tendidas de ventana a ventana, como ropa puesta a secar. El jaleo de la calle, el griterío de los niños, la música, el ruido de los innumerables cascos de las caballerías que desfilaban por el paseo, todo daba una sensación de presente real, bullicioso y terrible.

En el cuarto que ocupaba en la parte baja de la actual avenida Diagonal, Simone anotaba sus primeras impresiones. Al pie del edificio, en una acera de la que han arrancado muchos adoquines, un teniente de guardia dormía con los pies apoyados en una caja de municiones. El cuarto era muy modesto, una cama de hierro y una mesa de madera. La casera chapurreaba el francés. Emocionada, le contó que las milicias obreras se habían sublevado dos noches antes, que la revolución estaba en marcha. Y que nada la detendría.

«Si no fuera porque hay poca policía y muchos jóvenes con fusil, nada se notaría. Se tarda un tiempo en darse cuenta de que sí, es la Revolución, y de que aquí se está viviendo uno de esos momentos históricos de los que hablan los libros y que nos hacen soñar desde niños, como 1792, 1871, 1917. Esperemos que este tenga consecuencias más felices. Nada ha

cambiado, en efecto, salvo en un detalle: el poder ha pasado al pueblo. Los hombres de azul mandan. Es uno de esos momentos extraordinarios, que hasta ahora no han durado, en los que aquellos que siempre han obedecido pasan a asumir responsabilidades. Esto tiene sus inconvenientes, por supuesto. Cuando se da a muchachos de diecisiete años un fusil cargado en medio de una población desarmada...»

3

Parece ser que Franco subió al avión que lo llevaba de las islas Canarias a Tetuán disfrazado de moro. Y que por puro azar fue él y no otro, Calvo Sotelo, Mola, Cabanellas o Queipo de Llano, quien se encontró en el centro de la conspiración. Él, cuya única ambición era conseguir una paga mejor —y para eso estaba dispuesto a asesinar a sus amigos si no se unían al levantamiento, lo que ocurrió el 16 de julio—, se puso a la cabeza de una tropa de marroquíes y de extranjeros de la Legión y el 19 de julio desembarcó en Andalucía. Lo que él, el africanista que coleccionaba medallitas desde la carnicería del Rif, quería, en el secreto de los conjurados, era el cargo de gobernador de Marruecos —un puesto que, si no el más prestigioso, sí era el mejor pagado del ejército— y el título de virrey colonial. Nada más. Y de pronto avanzaba. Estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado. El asesinato del teniente José del Castillo, un militar de izquierdas, seguido del de Calvo Sotelo en represalia, llevaron al país a la guerra civil. Intervino entonces el azar, que se divertía en impulsar más y más a aquel general menudo y codicioso. El 20 de julio, Sanjurjo, el jefe oficial del movimiento, moría en un accidente aéreo cuando se disponía a volar a España para encabezar la insurrección. En tres días, los nacionales se apoderaron de Galicia, de Castilla la Vieja, de parte de Navarra, de León y de Asturias. En Aragón, Zaragoza cayó en manos de los carlistas y de los requetés. Pero en Madrid, en Valencia y en Barcelona, los sublevados chocaban con la oposición de las milicias obreras. En unos barcos había marineros que ejecutaban a los oficiales rebeldes, y en otros, nacionales que colgaban a los marineros que se negaban a seguirlos.

Entonces Franco, que no era más que un pequeño general que se conformaba con un cómodo destino de verdugo, empezó a soñar con la dictadura y, de paso, con el botín que se cobraría, y empezó a preparar órdenes de transferencias de dinero y nacionalizaciones a su nombre.

4

Fue Boris Souvarine quien le contó a Simone que su cuñado, Joaquín Maurín, había desaparecido. Al empezar la sublevación, el fundador del POUM se hallaba en Galicia dando unas conferencias y la ofensiva nacional lo pilló tras las líneas. Unos decían que estaba escondido; otros, que lo habían encarcelado y hasta fusilado, pero la verdad es que nadie sabía dónde estaba ni si vivía. Simone se empeñó en rescatarlo. Estaba convencida de que, con su aspecto de bibliotecaria, cruzaría las líneas de incógnito. Su plan se limitaba a rescatar a Maurín, cierto, pero que de Barcelona podía ir directamente a la cárcel, que necesitaría documentos falsos y salvoconductos para atravesar dos zonas en guerra y que no hablaba una palabra de español, todo esto lo olvidaba, pues estaba segura de que aceptarían entusiasmados la misión para la que se ofrecía.

Conoció a Julián Gorkin en la oficina central del POUM, que estaba situada en lo que fue el hotel Falcón. En ausencia de Maurín, Gorkin desempeñaba el cargo de secretario internacional del partido y dirigía el diario *La Batalla*. Era un hombre de letras que había pasado a la acción. Intentaba conciliar el ejercicio del poder con un montón de ideas que hasta ese momento solo había imaginado realizadas en un vago futuro. Era pragmático e idealista a la vez, y dirigía la guerra como si fuera la redacción de un periódico. Recibió a Simone y la escuchó largo rato; la conversación duró más de una hora. Sin inmutarse, ella le dijo: «Quiero proponerte una cosa, espero que no la rechaces. Me ofrezco para introducirme en la zona franquista y averiguar si Maurín está vivo o muerto y, si está vivo, intentar rescatarlo».

Julián esbozó una sonrisa y, mientras adoptaba una actitud que a ella le resultó odiosa al instante, la actitud condescendiente del que sabe, le contestó: «Para estas cosas, como para dar órdenes, no queremos exaltados». Y Simone montó en cólera. Gorkin la oyó exponer su idea fija, entre distraído e irritado. Al final apartó los ojos de ella, miró sucesivamente una tabla rota del entarimado, un diván y un sillón que había en la entrada y los cortinones que tapaban una serie interminable de ventanas. E, impacientándose, zanjó la discusión en tono tajante: «Simone, no sabes lo que dices. Tu entrega es muy grande, pero no hablas español ni te pareces a las mujeres de aquí. Te

descubrirán enseguida. Vas a sacrificarte en vano y no solo será tu perdición, sino que puedes comprometer a Maurín. No voy a asumir la responsabilidad de encomendarte esa misión. Hay un noventa por ciento de posibilidades de que te sacrifiques inútilmente».

5

Cuando Simone Weil se encontró con los dos Charles, Ridel y Carpentier, estos llevaban un uniforme que en nada se distinguía de la ropa que vestían en París. Iban a la guerra como iban a la fábrica. Carpentier, diez años mayor que Ridel, cuidaba del «pequeño Charles», un joven con cara de niño que siempre llevaba puesta una gorra gris, tanto en interiores como en el exterior. Habían conocido a Simone en mayo, en la factoría de Sautter-Harlé, cuando ella visitaba las fábricas ocupadas. Tras la victoria del Frente Popular, se inventó otra manera de luchar: los obreros tendieron hamacas entre las máquinas, sacaron el hornillo, acamparon en los talleres, detuvieron la producción. Con el grupo de los llamados *moules-à-gaufres* —un nombre que parece sacado de un tebeo, y que significa algo así como «los picados de viruela»—, Ridel y Carpentier predicaban el comunismo libertario. Los acompañaban Guyard, metalúrgico; Ringeas, vendedor ambulante; Faucier, ajustador, y Patat, estibador. Simone los invitó un día a casa de sus padres, y allí se dio la graciosa circunstancia de que Guyard, intimidado por el apartamento burgués, el parqué encerado y las grandes ventanas que daban al jardín de Luxemburgo, sin saber qué hacer con las manos, las ponía una y otra vez sobre el timbre del servicio y se enfadaba porque la criada le preguntaba cada vez: «¿Desea algo el señor?».

Carpentier y Ridel eran inseparables. Los unía una gran amistad, eran dos caracteres que se atraían. Carpentier, el mayor, había corrido mucho mundo: había sido estibador en Ruan, mozo de almacén en Les Halles, empujaba las vagonetas hasta lo más profundo de las minas de Bruay-en-Artois, en Aubervilliers repartía carbón. A principios de los años treinta conoció a Ridel, o, bueno, a la persona que por aquel entonces se hacía llamar con ese nombre. Ridel era una auténtica «federación de pseudónimos» y, en una misma publicación clandestina, uno podía leer dos o tres artículos suyos firmados tan pronto Cortvrint como Charlot, Courami, Damashki, el Itinerante o el Liejense. Aunque sobre todo se hacía llamar Ridel, nombre también falso y que era un acrónimo, como gustaba de explicar: Charles significa Charlot, o sea, *chariot-à-ridelles*, carro de barandas. Él también cambiaba a menudo de trabajo y tras la muerte de su padre en un bombardeo se metió primero a marchante de artículos dentales

—por las tardes huía del horrible cuaderno de pedidos e iba a la tienda de Hem Day, un librero anarquista de Bruselas que lo iniciaba en la literatura libertaria—, y luego a talabartero, vendedor ambulante, platero al por menor, operario de mercado y por último corrector de pruebas en algunas imprentas.

Estaban allí para encargarse del aprovisionamiento de la columna y transmitir al *Libertaire* un reportaje sobre los primeros combates. Le hablaron de la ofensiva sobre Zaragoza y la creación del grupo internacional. Ridel decía que el viejo compromiso político de todos ellos encontraba allí una forma de solución. ¡Ahora o nunca!, profetizaba, como si quisiera convencerse a sí mismo. Pensaban que la lucha que libraban contra los fascistas les permitiría salir del callejón sin salida del anarquismo: la contradicción entre la insurrección espontánea y la organización del poder. Interrumpiéndose el uno al otro, con gran entusiasmo contaban el viaje que habían hecho en la parte trasera de un camión, en medio de un campo que parecía un desierto y adivinando a lo lejos, por el ruido de algún que otro obús, lo que debía de ser el frente; cómo entraron en el pueblo de Pina, cómo las viejas que había en la plaza se asustaron al ver aquel regimiento de extranjeros. Al principio hablaban de ellos como si fueran una horda de bárbaros sucios, acompañados de mujeres que parecían brujas. Circulaban historias extrañísimas —despertaban tanta curiosidad como desconfianza, una desconfianza teñida de un color puramente local de Inquisición—: que se comían a los recién nacidos, que eran demonios con pañuelo rojo, enardecidos, apestados.

A su vez, Simone les contó, entre bocanadas de humo de tabaco, con una distancia y una ironía deliciosas, su entrevista con Gorkin. Había cruzado la frontera para participar en los combates, decía. Lo haría costase lo que costase, y se reía de los literatos de café, esos cronistas de guerra que se pasan la vida en las terrazas de los bares.

Aunque su idea era muy peligrosa, le prometieron que la protegerían. Por prudencia, lo que no dejaba de ser chocante, ellos la conducirían al frente, y la citaron al día siguiente en el café La Tranquilidad.

6

Pasaban por pueblos que unas veces estaban desiertos y otras llenos de gente alborozada. Iban en un Ford negro sin capota. Simone preguntaba a los lugareños y Ridel y Carpentier traducían. Se reían mucho. Eran tres personas libres que paseaban por el campo. Ella anotaba en su diario detalles de la organización de las tropas, efectivos, armamento, política agraria y colectivización.

Los dos hombres sentían un gran afecto por Simone. Les gustaba la manera en que ella veía el mundo, su solidaridad no tontamente exaltada, sino profunda, tierna, sincera. Simone poseía una cualidad que solo tienen ciertas personas: sus ojos y su palabra dejaban entrever un misterio que ninguna respuesta colmaba pero que ningún interrogante abarcaba. Su lucha no era una pose ni una forma de oportunismo, sino una necesidad interior tan imperiosa que anulaba toda duda, que inspiraba una admiración inmediata.

El pequeño grupo se pasó por una de las sedes del POUM, donde a Simone le dieron por todo uniforme un mono de mecánico, un par de alpargatas, un pañuelo rojo y negro y un gorro de los mismos colores. Delante del edificio, posó para un fotógrafo callejero. En la foto se la ve esbozando una media sonrisa y lleva colgado del hombro un fusil que mide la mitad que ella. Unos transeúntes se han parado a mirar: uno lleva un polo metido por los pantalones y zapatillas blancas, tiene una colilla en la boca y las manos en los bolsillos; otro, con bigote, lleva un curioso gorro miliciano que parece una barca boca abajo, y a su izquierda hay un chaval un tanto embobado. Simone les envió la foto a sus padres con estas palabras escritas detrás: «Querida familia, aprovecho la ocasión para escribiros algo. Por aquí todo va muy bien. Me paseo de pueblo en pueblo. Espero volver la semana que viene. No os preocupéis, ¿vale? Aún no sé nada de vosotros. Besos».

Al contrario de lo que decía, se dirigían a la zona de combate. El viernes, 14 de agosto, llegaron al cuartel general de Durruti, en Bujaraloz, donde este dirigía la guerra desde una cabaña que en cualquier momento podía convertirse en un ataúd, plantada en medio del fuego enemigo. Era un puesto de vigilancia rodeado de sacos de arena, blanco de los artilleros que se ejercitaban. Simone se hizo pasar por periodista para acompañar al día siguiente a los que iban a inspeccionar los pueblos de la zona. Al final del convoy, en una

camioneta que conducía un alemán, descubrió las orillas del Ebro, el río que delimitaba las trincheras. Escuchaba a Durruti, sus discursos inflamados, cómo arengaba a la gente, campesinos adustos y mujeres tocadas con pañuelo y de mirada sombría.

Carpentier y Ridel recuperaron su puesto en la columna. Accedieron a presentarla al delegado. En una caseta de tiro que improvisaron en el campamento, le enseñaron a manejar su fusil: ella se llevó el arma al hombro torpemente y, cuando disparó, salió despedida hacia atrás casi un metro y la bala se elevó hacia el cielo.

7

Eran una tropa variopinta. Había un español llamado La Calle; un cabileño anarquista; un italiano de Saboya que respondía al nombre de Affinenghi; un ruso blanco que era un ladrón y ofrecía el producto de sus hurtos para comprar armas; Otto, un alemán; Mendoza, un cubano; Staradoff, un ucraniano; Paul Thalmann, al que llamaban Pavel o Laroche, según el caso; dos parejas, Roger y Juliette Baudard, y Hermann y Magdalena, aunque a él todos lo llamaban Hans y a ella Madeleine; Marthe, una francesa que se había liado con un tal Pierre, al que llamaban Odéon; Georges y Jacques, dos parisinos, y Berthomieu, un veterano de Verdún que se había arruinado. Formaban el grupo internacional de la columna. Fueron Carpentier y Ridel quienes convencieron a Durruti de crear una especie de cuerpo franco que reuniera a voluntarios extranjeros aptos para el combate. Venía bien, porque buscaban hombres para tomar Pina, un pueblo a orillas del Ebro que se comunicaba con la otra margen del río por un puente y en cuya estación se habían hecho fuertes los nacionales. Louis Berthomieu, único soldado profesional, había sido nombrado delegado de la columna y estaba en contacto directo con el comité de guerra. Y no sin desconcierto habían llegado a aquel rincón perdido de Aragón, llevados todavía por el impulso de la insurrección de julio.

Los milicianos del grupo internacional formaban un conjunto de proscritos e idealistas. Llevaban una vida en la que se entremezclaban mil historias, que era un choque de destinos reunidos en una comunidad provisional. Aparte de Berthomieu y La Calle, muy pocos hablaban español; en aquella torre de Babel, solo se expresaban en francés. Y en francés tenían que comunicarse también cuando combatían.

Algunos vivían ya en España cuando empezó la guerra; eran refugiados de la República de Weimar o participantes de las Olimpiadas Obreras de Barcelona. Los demás habían acudido enseguida, pues era una buena ocasión para poner a prueba el ideal, dejar de imaginarlo, de soñar con él, y vivirlo aquí y ahora.

El grupo, que al comenzar la ofensiva de Zaragoza era de unos veinte milicianos, había ido aumentando a medida que se incorporaban nuevos combatientes. Simone Weil era la última recluta.

8

Medio desdentado y mal vestido, Berthomieu se alimentaba de quinina, que rumiaba como si fuera regaliz. Tenía unas manos enormes y pinta de cazador. Se había ganado el derecho a aparecer en *El Frente*, el boletín de guerra que publicaba Durruti. Por paradojas del destino, él, que detestaba la guerra, no había sido en su vida otra cosa que eso, soldado. Y en eso era, como se ha dicho, el único del grupo. Carpentier había participado en la guerra del Rif, pero no había nadie tan fogueado como Berthomieu. Se contaba que fue capitán de artillería en la Primera Guerra Mundial y oficial de las tropas coloniales de África. Hablaba de su experiencia de manera un tanto alusiva, de modo que uno no sacaba en limpio más que visiones, imágenes escalofriantes, trincheras que saltaban por los aires al caer los obuses, soldados sepultados por metralla ardiente, caras que desaparecían bajo el casco calado, bayonetas tendidas como para conjurar la mala suerte, el olor a miedo, un olor acre, y otras impresiones fúnebres. Una cosa había descubierto en aquellos combates: la asombrosa debilidad del ser humano y su absurda capacidad para obedecer.

Recordar lo aliviaba. Así, por sus medias palabras, por los silencios y por las páginas que había borrado de su vida, se comprendía que, en el orden militar que regía lejos de las miradas, había visto la atroz lógica de la humillación y del odio. Estando de permiso, decidió no volver a luchar; después de la carnicería de las trincheras, no iría a despanzurrar indígenas por puro deleite. Se largó. Desapareció. Lo esperaron en vano. No lo persiguieron. Nombraron a otro oficial en su lugar. Se escondió cerca de Béziers, vivía de trabajos ocasionales, de las buenas cosechas, de la vendimia. Recordaba ese periodo como una época feliz. También se contaba que había sido vagabundo en Barcelona, que comía en la calle, que dormía con unos gitanos que lo habían elegido capitán. Cuando la ciudad se sublevó, se sintió emocionado. Estaba borracho y había sido como una alucinación. Se lo vio en las calles del Barrio Chino armado con una escopeta. Fue a desalojar a unos facciosos que disparaban contra la multitud desde las terrazas; tres hombres que arrancaban adoquines se le unieron y a las cinco de la mañana el capitán marchaba por la avenida medio destruida a la cabeza de una muchedumbre. Fue así

como, casi sin quererlo, aquel vagabundo fue a luchar a Zaragoza.

En los cinco días que el grupo llevaba en el frente, los brigadistas no habían disparado más que contra siluetas borrosas, de lejos, y mataban el tiempo abatiendo gorriones y ardillas. Cuando se decidió que, aquel amanecer, salieran de expedición, la esperanza de entrar en combate levantó los ánimos. Hasta ese momento, los batallones se habían mantenido lejos unos de otros, y por eso Berthomieu había decidido avanzar hasta la orilla derecha. Estaba convencido de que el terreno en el que se hallaba la granja reunía todas las condiciones para que establecieran en él un puesto avanzado en territorio enemigo: era como un refugio en medio del campo y quedaba cerca de la estación, lo rodeaba un sistema de canales y siguiendo las acequias se llegaba fácilmente a un vado por el que podrían cruzar el Ebro. Establecerían allí una cabeza de puente, una avanzadilla, y apoyarían así a la columna de los italianos de Ascaso. Aprovecharían también para volar el ferrocarril y cortar el aprovisionamiento de los falangistas.

Berthomieu era antifascista, así de sencillo, y las tendencias no le interesaban. Dirigía a sus hombres sin imponer una disciplina férrea y solo intervenía cuando algo le parecía estúpido o peligroso, cruel o intrigante. Durante la reunión, expuso su plan de acción. Quiso que los demás opinaran pero nadie abrió la boca. Solo Simone Weil protestó. Aunque era nueva, pidió a los delegados que mediaran para que se le permitiera participar en esa misión. Decía que no había venido a España de turista ni como observadora, sino para combatir, y que daría la talla. Ridel salió en su defensa y dio por concluida la reunión diciendo: «¡Pues nada, decidido!».

Cruzarían el río entrada la noche.

9

18 de agosto. Las dos de la mañana. Caminaban por la espesura. Llevaban la manta enrollada sobre la mochila, y todo lo que habían podido coger en grandes sacos de tela. Eran como un circo, un tintineo de fanfarria, cacerolas, palas, munición. Carpentier y Ridel acarreaban una caja de granadas Lafitte y avanzaban con dificultad por entre los arbustos. Al amparo de un talud, a unos diez metros del agua, fueron cruzando el Ebro de dos en dos; en el embarcadero —un árbol inclinado oculto por las cañas en un punto en el que el río se ensanchaba—, había un cadáver abandonado, se veía que era un nacional por la ropa y las botas relucientes.

Affinenghi y La Calle habían ido a inspeccionar el lugar —los alrededores de la estación, el camino que llevaba a Quinto, las inmediaciones de la granja cuyos canales de riego habían bordeado, el curso de agua que rodeaba todo el terreno o parte de él— y luego, a cubierto, habían avanzado trinchera adelante hasta llegar al río y desde allí a la casa. Al regresar, habían traído con ellos a un campesino, al hijo de este y a un muchacho de unos dieciséis años. Al verlos llegar, Scolari había levantado el puño y ellos, por si se les pedía una señal de adhesión, habían hecho lo mismo. En el mundo rural, la pertenencia a un bando o a otro dependía del movimiento de las tropas. El niño de la granja se llamaba Manuel y conocía el lugar como la palma de su mano. Colgado del cinturón, cogido con lazos, llevaba un polluelo, unas presas de caza furtiva. Le preguntaron, contestó con la cabeza gacha, en una mano la boina; con la otra, tomando un palo, cartografió la zona, señalando aquí un refugio, allí la posición de un centinela.

Se pasaron el día haciendo preparativos. Instalaron el campamento bajo los árboles, a cubierto de los aviones. Como confederados que, escondidos en un bosque, acampan en los claros, se lavan en el río y se asan una trucha al fuego, la pequeña brigada esperaba, lejos del frente. Eran unos treinta soldados, sin uniforme, con barba de muchos días, con el rostro curtido; unos dormitaban apoyados en un árbol o tumbados en la hierba; otros, sentados en corro, comían pan y tocino. Berthomieu, sentado en una gran piedra, anotaba cosas con un lápiz en un cuaderno: una posición, unas coordenadas, un punto de

referencia, algo que había indicado el niño de la granja. Trazaba el río de una punta a otra de la hoja, marcaba con un punto los pueblos de Quinto, Pina, Fuentes; señalaba la estación desde la que unos cien fascistas hacían fuego.

En las lindes del bosque, habían tendido una alambrada y de ella colgaron latas de conserva llenas de cascabeles.

10

A Sail Mohamed todos lo querían y todos lo temían. Cuando hablaba, hacía una pausa entre frase y frase. Pensaba lo que decía, hablaba despacio porque buscaba las palabras exactas, porque quería expresar fielmente lo que sentía y pensaba, y también para no tener que volver al tema. Cuando entraba en acción, mostraba esa misma calma y esa misma manera metódica de hacerlo todo. Nunca se precipitaba, nunca era inútilmente imprudente, siempre actuaba con lógica. Por ejemplo, cargaba su fusil con sumo cuidado. Y tenía la costumbre, que seguía incluso en el frente, de afeitarse todas las mañanas según un ritual muy preciso. Llevaba un espejo de bolsillo ovalado, de esos que se cierran; lo ponía en la rama de un árbol apoyado contra el tronco, sacaba un cuchillo afilado y se afeitaba con movimientos breves, mojando la hoja en un cuenco de metal. Se peinaba también de una manera elegante: con el peine, primero se alisaba el pelo negro engrasado de la coronilla y luego se hacía la raya en medio, como si fuera un niño que va a la escuela. Parecía un actor de cine mudo, estilo Buster Keaton, acentuado por su tez pálida. Este refinamiento contrastaba con sus arrebatos de ira y las gruesas palabras que los acompañaban. Y, como Simone, no paraba de fumar. Ella fumaba Gauloises; él, cigarrillos muy bien liados con los que hacía paquetes de diez y que se encendía uno tras otro. En el turno de guardia, vigilaban el campamento desde una cabaña que había en el bosque, al pie de los grandes árboles. Sail era taciturno, pero se animaba cuando hablaba de su aldea. Un racimo de tejados colgado en medio de las montañas que las estrellas iluminaban las noches de verano. Taurirt, un promontorio que se elevaba por encima de un verde robledal. Le gustaba hablar de la vida que se llevaba allí, en Cabilia, entre higueras, olivos, gatos monteses y crestas nevadas que se perdían de vista y llegaban al mar; de los *tajmaat*, las reuniones que tenían lugar en la aldea, parecidas a las juntas que celebraban ellos por la tarde. Cuando, entre soñadores e incrédulos, y como si fuera una especie de ejercicio mental, departían sobre lo que sería el mundo futuro, Sail Mohamed hablaba de un mundo pasado que la maquinaria colonial había destruido. Para él era un modelo ancestral, esa manera de organizarse de una aldea bereber, con un sentido innato de la autonomía, sin Estado, sin policía, sin jueces ni cárceles, sin dinero, y

que se movía por solidaridad.

La anarquía no era para él una palabra manida, hueca, que la Historia hubiera vaciado de contenido, eso de lo que uno se reía como si fuera una especie de adolescencia de la vida, sino, más bien, un recuerdo de infancia. Desconfiaba de los discursos. Decía que las palabras se demuestran en el combate, como una fuerza activa que debe ponerse en práctica aquí y ahora. Eso suponía una ética, una manera de posicionarse ante las cosas, un principio firme y sencillo: negar el centro y la periferia, todas las formas de la jerarquía y de la servidumbre.

No se dejaba engañar, pues. Su lucha no admitía ninguna transacción, ninguna excepción. Fustigaba a «los piratas rapaces» y a «los canallas sanguinarios» de la colonización, ese régimen de «servidumbre y de represión»; a los líderes religiosos que embaucaban a la población. Había afinado su retórica con panfletos en los que llamaba a la movilización. Con la Exposición Colonial y el Centenario de la Conquista de Argelia, que se celebró con gran pompa, sus opiniones se radicalizaron. Fue secretario del llamado Comité de Defensa de los Argelinos contra las Provocaciones del Centenario. Se burlaba de las famosas aportaciones que había traído la colonización, de las carreteras, los puentes, las centrales eléctricas: ¿eso era progreso? Escribía: «Los verdugos son de la misma raza en todas partes» y «la República francesa nada tiene que envidiar al fascismo: ¿qué podemos esperar de ella cuando ha elaborado, promulgado y aplicado con la mayor rapidez el Código del Indígena?». En *Le Flambeau*, el periódico de los «grupos libertarios del Norte de África», había publicado un artículo en el que criticaba duramente la ocupación de Argelia y denunciaba la condición de paria de su pueblo. Estaba convencido de que, aunque no pudieran acabar pronto con el sistema colonial, los explotadores, como un glotón que se atraca hasta morir, acabarían cavando su propia tumba a fuerza de privilegios. Advertía: «Tened cuidado, porque algún día esos parias se hartarán y tomarán los fusiles que vosotros les habéis enseñado a manejar».

11

El campesino estaba preocupado por sus tres hijas y su otro hijo. Berthomieu decidió que irían a buscarlos a la granja. A última hora de la mañana reunió a los soldados.

Los milicianos partieron y Hans, el cocinero, se quedó en el campamento, dedicado a lo suyo. Temía combatir y, por compasión, lo habían relegado a la cocina. Había hecho un hoyo profundo y lo había llenado de leña fina y puñados de hojas secas. Envuelto en un abrigo de lana que se había echado por la cabeza, se tumbó boca abajo y sopló sobre las ascuas. Cuando el fuego prendió, y antes de que saliera humo, puso encima una plancha de hierro colado. En una tienda de campaña guardaba los cacharros y los víveres: un saco de cebollas, un formidable jamón envuelto en trapos, latas de café molido, ristras de ajos, dos garrafas de vino tinto con el que llenaría las cantimploras para los sedientos soldados. En la plancha que había colocado sobre las ascuas, puso a calentar una cafetera y una enorme sartén con aceite. Con las gallinas y los huevos que habían cogido en la granja, iba a hacer una tortilla y a freír las aves. Estaba preparando litros de café y comida para saciar a un regimiento hambriento.

Dos días antes, Scolari y La Calle, temiendo por las provisiones, se habían aventurado a cruzar el río. Giménez, subido a la rama de un álamo, a más de cinco metros de altura, vigilaba. De pronto había visto venir, como una alucinación, todo el ganado de Durio, un granjero. Por un momento le había parecido que hasta se movía el suelo, era una barahúnda de animales que se dirigían hacia ellos envueltos en una polvareda. Por una especie de sendero sinuoso que iba desde la granja hasta la orilla del río, la manada avanzaba en tropel y parecía que toda la llanura se estremecía. Y en medio de aquella masa confusa que emergía en el horizonte como una densa nube blanca, empezaron a distinguirse, a medida que los animales se acercaban, a Scolari a lomos de un burro al que arreaba con un bastón, y a La Calle, detrás, riéndose.

Instalada en un tronco que habían acercado al fuego y que hacía las veces de banco, Simone Weil observaba a Hans, que estaba acuclillado junto a la sartén. Alimentaba el fuego y maldecía entre dientes en alemán. Lo molestaba la presencia de Simone. En la última reunión,

después de que ella discutiera las órdenes, le había susurrado a un compañero, con un suspiro: «¡Dios nos libre de las tías!». Simone conseguía irritar a los delegados porque cuestionaba las estrategias. En presencia de Simone, las personas se revelaban como eran. Por eso se la detestaba o se la admiraba. Hans se había revelado peor de lo que era, y también más miedoso. Se decía que era trotskista y que se había alistado en las Brigadas Internacionales para huir de las purgas. Primero se había exiliado en Francia y luego había escapado a España con su mujer, Madeleine. Cuando los dos se fueron al frente, dejaron a un hijo de doce años en Barcelona, en un gran piso de siete piezas, en el número 57 de la calle del Francolí. Una familia del barrio cuidaba del niño y una amiga les enviaba noticias por el correo de la columna. Lo más raro era que Madeleine hubiera abandonado a su hijo.

Así transcurría la mañana, esperando y con Hans quejándose. De pronto, se oyó como un silbido, primero lejano, y luego tan cerca que parecía que bajaba del cielo e invadía el claro del bosque. Rápidamente se alejaron del fuego y se escondieron en una trinchera. En aquella zanja excavada para disparar de pie, Hans y Simone se hallaban muy cerca uno de otro. Por la respiración agitada y el temblor de sus manos, Simone notaba lo asustado que estaba él. El ruido de las ráfagas sacudía su pecho. Estaba muerto de miedo, paralizado. Simone vivía aquel momento entre asustada y fascinada, y un escalofrío, no se sabe si de excitación o de miedo, recorría su cuerpo. Contemplaba las hojas de los árboles, el cielo azul, los aviones que iban y venían, descendían en picado y ametrallaban el campamento. Enormes obuses levantaban la tierra, por allí saltaba por los aires un almiar que se dispersaba como una bola de diente de león, por allá se derrumbaba una caseta de piedra. El ruido de las bombas era incesante, las explosiones abrían, agrietaban, reventaban el terreno, la arena se esparcía, las copas de los cipreses volaban, lo que estaba muerto humeaba, lo que seguía vivo se escondía en los ribazos. El sol, que estaba ya más alto, lo ocultaba todo, el campo rebullía poco a poco, de pronto se oyó borbotear un curso de agua cercano. Cuando al fin los aviones se fueron, Simone se pasó a otra trinchera, donde había un fusil ametrallador. Esperó un rato escondida tras aquel montón de tierra, especie de fanal en medio del cementerio, y luego volvió al campamento.

Fue así, imaginamos, como, al salir de su escondite, sin recordar el fuego que ardía en el hoyo, metió el pie en la enorme sartén con aceite hirviendo. Cayó cuan larga era, gritando de dolor. Hans acudió al instante, la cogió de los brazos y la sacó. Le pidió que se callara, lo aterraba la posibilidad de que se acercara un destacamento de

nacionales. Aplicó un paño mojado a la quemadura. Pasó una hora larga hasta que los compañeros regresaron. Carpentier la examinó. Le quitó el zapato. Por suerte, el pie, protegido por el cuero, no se había quemado, pero parte de la pierna izquierda y el empeine parecían afectados. Intentó quitarle la media, pero desistió al ver que literalmente se había fundido por el calor. Pensaban que era una herida superficial, pero vieron que la piel estaba pegada al tejido. Le vendaron la pierna con una camisa y la sentaron en el suelo, apoyada contra un árbol. Así estuvo un rato, con la cara roja y las gafas empañadas, maldiciéndose por torpe. Berthomieu ordenó que la evacuaran. Ella suplicó a Carpentier y a Ridel que la respaldaran. Pero ellos, resueltos a llevarla a la otra orilla, empezaron a prepararse.

12

Georgette y Madeleine, las dos brigadistas enfermeras, le limpiaron la quemadura con alcohol y le vendaron la pierna con varias capas de gasa cuando ella se desmayó. Al volver en sí, pidió que le trajeran sus zapatos y un bastón. Sorda a toda recomendación, cojeando, echó a andar decidida hacia la zona de combate. Carpentier y Ridel, que la habían llevado, se desesperaban. El grueso vendaje no hacía sino empeorar su estado. Berthomieu temía que la herida se infectara. Simone, pálida y envuelta en un saco de dormir, se tumbó junto al fuego, tiritando. Boca arriba, contemplaba el cielo. Era como un remolino de estrellas que no paraban de dar vueltas. Se durmió.

A la mañana siguiente, Carpentier decidió que la llevaran al pueblo.

—¡O nos haces caso o le decimos a Berthomieu que te envíe a retaguardia!

—Ni hablar. Mi pie va mejor, solo estoy cansada.

—Ridel está de acuerdo conmigo, no soportamos verte así. Lo único que vas a conseguir es perder la pierna. Ahora no hay combates, los fascistas están atrincherados en la estación y no atacarán hasta que reciban refuerzos. Mientras tanto, recupérate. Vamos a llevarte al hospital de campaña, allí hay un médico. Seguro que puede hacer algo más que vendarte el pie. En cuanto la herida se te cure, iremos a recogerte. Tienes que recuperar las fuerzas. Eres valiente, tu puesto está con nosotros, pero no así. Cuídate y vuelve.

Aún fue precisa toda la diplomacia de los dos amigos para que Simone aceptara dejar el campamento. En el comedor de la escuela del pueblo, que habían habilitado como dispensario, sobre una gran mesa de madera maciza cubierta de páginas de periódico, la curó un médico que había sido peluquero en otra vida. La morfina había hecho efecto y la herida ya no le dolía. Simone fumaba un cigarrillo con la vista clavada en el techo. La pintura se caía a pedazos en torno a unas grandes grietas y era como ver los relieves del mapa de un gran país desconocido donde las manchas de humedad dibujaban bosques y ríos. Le buscaron una cama separada de las demás por un biombo. Durmió un poco, pero al despertar el dolor era más fuerte y se irradiaba hasta la rodilla, y era como si le taladrasen la cabeza. Tenía fiebre y deliraba. Le prescribieron un remedio absurdo y, con una leve sonrisa,

las enfermeras le exigieron que caminara arriba y abajo por la estancia unos veinte minutos. Simone cogió sus cosas y se fue.

13

De vez en cuando la adelantaba un camión cargado de provisiones o un coche. Llevaba toda la mañana caminando y no había llegado más que al cruce de la carretera. Estaba demasiado lejos para volverse atrás, el pie vendado se le había hinchado y no podía seguir. Un manto de trigo segado sobre terrones secos, todo crujía bajo sus pies. Había cruzado grandes extensiones yermas, a veces a campo traviesa, sin más orientación que una colina o el movimiento del sol. Se tumbó sobre su bolso. Unos treinta minutos después, la despertó el ruido de un convoy militar. Detrás del último camión, cerraba la marcha un cabriolé, que se detuvo. Era un coronel republicano. La ayudó a subir y le preguntó qué hacía allí y adónde iba. Hablaba francés torpemente, se atascaba en cada palabra. Estaba al mando de una de las unidades de la columna Carod que había salido el 23 de julio de Tortosa. Acababan de relevar a su regimiento después de más de tres semanas de combate en uno de los puntos del frente, más al oeste, en Fuendetodos. Él y sus hombres estaban de permiso. Se ofreció a llevarla a Lérida.

Llegaron al atardecer. Entre los milicianos que había aparcados delante del cuartel reconoció a un sindicalista suizo llamado Pierre Robert al que había conocido en París. Él también iba a Barcelona, en sentido contrario al de los Hispano-Suiza a cuyos guardabarros se agarraban los chiquillos. Empezaba a oscurecer y decidieron parar cuando faltaban unos cincuenta kilómetros para llegar a Barcelona. En un pueblo por el que pasaba la carretera encontraron una hospedería de mala muerte. Estaba llena, pero les consiguieron una habitación que tuvieron que compartir. La escena tenía gracia. Simone tendió un alambre entre las dos camas y de él colgó una de las sábanas. Con una risa forzada, bromeó: «¡Así podremos decir que hemos pasado una noche juntos en España!».

No logró conciliar el sueño. No se había cambiado la venda y el dolor que le producía la quemadura era atroz. No se atrevía a comprobar cómo estaba la herida. Más allá de la ventana, tronaba, era una tormenta de verano breve y violenta, los canalones chorreaban y los relámpagos rasgaban la oscuridad, iluminándola a intervalos.

14

22 de agosto. Pina de Ebro. Diario de Ridel y Carpentier.

«Al levantarnos nos enteramos de que unos voluntarios de Quinto identificaron al campesino que trajeron a Pina. Era un militante fascista, un conocido explotador, que mató a una persona de izquierdas durante las últimas elecciones. Lo fusilaron anoche en Bujaraloz.

»Dos compañeros italianos tratan de tomar un puesto de guardia que hay aquí cerca; al verlos, los reciben con disparos.

»La comida de mediodía es buenísima; matamos debidamente a las gallinas y al cerdo de la granja y los cocinamos.

»Vienen de refuerzo unos quince españoles.

»Nos organizamos muy bien. Todo funciona: guardia, cocina, vigilancia, enlaces.

»A las seis de la tarde ataca el enemigo. Disparamos en cuanto vemos las primeras cabezas.

»Son unos treinta hombres que se acercan diciendo que son compañeros nuestros, algunos van desarmados y agitan los brazos. Nosotros dejamos de disparar.

»Tres de los nuestros salen de la trinchera y van a su encuentro gritando: "¡Viva la FAI! ¡Viva la CNT!".

»Los otros siguen avanzando y de pronto empiezan a exclamar: "¡Vivan las Falanges Españolas! ¡Viva España! ¡Fuego!".

»Nuestros compañeros apenas tienen tiempo de dar media vuelta y meterse en la trinchera bajo el fuego de esos curiosos soldados.

»Se entabla un combate. A una ametralladora situada a unos trescientos metros responden nuestros dos fusiles-ametralladores, que de pronto se encasquillan porque las cintas de munición se han manchado de tierra.

»Oímos otra ametralladora a la derecha, dispara desde las ventanas de la estación.

»Pero los fascistas dejan de avanzar, salen algunos de los nuestros y ellos se retiran.

»Hallamos dos cadáveres enemigos y hacemos prisionero a un joven. No tenemos que lamentar ni un rasguño, pero había sido un serio aviso.

»Registramos a uno de los fascistas muertos —un sargento cuyo Mauser pasa al cinto de un compañero— y encontramos varios escapularios y... ¡4.300 pesetas!

»Al otro muerto le encontramos dos cartas. Una estaba lista para enviarla y la otra acababa de recibirla y merecería que la tradujéramos entera. El pobre hombre le escribe a la mujer para la que trabajaba y le pregunta humildemente y con fórmulas sumisas por qué ha despedido a su padre mientras él está luchando por España.

»En la otra carta, que se la envía su familia, le cuentan que están en la miseria, que todo está caro y no tienen dinero.

»Cosas de la comedia humana, que este hombre se dejara matar por aquellos que viven de su credulidad y de su trabajo.

»El joven prisionero —16 años— lleva un carné de buen católico. Reconoce al secretario del Comité de Guerra por haberlo visto en las reuniones celebradas en su pueblo.

»Pasamos la noche en vela y oímos una y otra vez el silbato del jefe fascista tratando de reagrupar a la tropa en desbandada.

»Por lo demás, todo tranquilo.»

15

Bernard y Selma Weil, que habían llegado a Barcelona una semana antes, llevaban un retraso notable con respecto a su hija. Seguían las indicaciones de Simone, que ella les daba con cuentagotas, una postal, dos o tres cartas, notas escritas como si fueran ficciones cortas: mensajes parecidos a telegramas que les enviaba tanto para alejarlos como para tranquilizarlos. Eran de diversos tipos: informativos —*«Aparte de eso, cruzar la frontera va a ser más difícil»*—, reconfortantes —*«Descansad en la costa francesa y pensad que estoy reponiendo fuerzas tranquilamente en un lugar con buen clima»*—, o tranquilizadores —*«Es un país increíble. Si leéis noticias alarmantes en la prensa francesa, no os las creáis»*—. Se despedía en español, con un *«¡Salud!»* de circunstancias. Pero de pronto recibían una postal desde Sitges, la fotografía en la que se la veía vestida de uniforme. Y se temían que su hija no se limitaba a observar los acontecimientos.

No era la primera vez que desaparecía. Un año antes, también en España, en un viaje que hicieron a la costa, con el pretexto de que quería ver el mar los dejó y se embarcó en un carguero no lejos de San Sebastián. Habían quedado en que se reencontrarían en Vigo, donde el barco hacía escala, y ellos decidieron seguirla en tren. Simone leía *El barco de los muertos* de Traven y a veces hablaba en cubierta con un miembro de la tripulación. La encontraron en una punta del muelle, agotada por la travesía, durante la cual había padecido terribles dolores de cabeza.

Esta vez, la cosa era más seria. Llegaron a la estación de Perpiñán y vieron que la frontera estaba cerrada. Unos ferroviarios sindicalistas que conocían a Simone los ayudaron a pasar la aduana. El 14 de agosto, cuando ellos llegaban a Barcelona, Simone estaba en Pina de Ebro aprendiendo a disparar. Buscaron un hotel pero todos estaban requisados u ocupados por extranjeros. Encontraron una pensión mísera, que parecía salida de una novela de Dickens: los cristales de las ventanas rotos tapados con periódicos, marcas de bala en las paredes, un comedor oscuro en el que unas sombras sentadas a la mesa cenaban en silencio y una casera que los sometió a un verdadero interrogatorio. Al día siguiente, supieron por unos amigos españoles que habían dormido en un refugio para disidentes.

En una de las direcciones que Simone les dejó, les informó un

joven pelirrojo. «Su hija no está, se fue con unos periodistas», les dijo. Se dirigieron entonces a la sede del POUM, donde Julián Gorkin les contó que Simone se había ofrecido para rescatar a Maurín. Bernard y Selma se desesperaron, convencidos de que su hija había llevado a cabo su plan. Gorkin les dio la dirección de otras organizaciones en las que podían haberla visto. Se pasaron tres días recorriendo la ciudad, preguntando a todo el mundo, dueños de cafés, instructores de cuarteles, y describiendo siempre del mismo modo a Simone, que no pasaba inadvertida: pelo negro, gafas de metal redondas, tez pálida, muy delgada. Cuando les hablaban de los atropellos que cometían los fascistas, se desanimaban, pero lo que más temían es que hubiera ido a Galicia a buscar a Maurín por cuenta de su amigo Souvarine. El sexto día, recibieron una carta firmada por «la tía Luisa», una anciana anarquista que se había enterado de su llegada y de a quién buscaban. Les decía: «He visto a Simone, le he echado una bronca porque ha hecho tonterías; está herida, pero la verán pronto». Y a esta esperanza se aferraron. Visitaron en vano los hospitales militares y al final se instalaron frente a la sede del POUM, adonde todos los días llegaban combatientes del frente.

21 de agosto. En la noche del domingo al lunes, Selma vio llegar a su hija. Simone sonreía, decía que estaba pasándoselo en grande. Pasearon del brazo por las Ramblas y tomaron algo en un comedor popular. Sus padres, muy inquietos, querían saber más y la asaetaban a preguntas. Ella les contó con todo detalle su viaje a Aragón. Les habló de todas las personas admirables a las que había conocido, de las cosas intensas que había vivido con ellas, de la rabia que le dio tener que dejarlas. Les contó el accidente, el aceite, la quemadura, el accidente tonto, repetía. Bernard le examinó la pierna y lo que vio al remangarle el pantalón lo horrorizó. La venda, hecha jirones, solo cubría parte de la herida y esta parecía infectada.

Con seiscientos muertos en las calles, con más de tres mil heridos en el barrio del Eixample, en la Rambla de Santa Mónica, en Sarriá, en la avenida Diagonal, con barricadas recién levantadas y con todos los hospitales de la ciudad llenos, Bernard buscó otra solución para curar a su hija. Recurrió a Jaume Miravitlles, un antiguo exiliado al que había conocido en París y del que sabían que ahora ocupaba el puesto de comisario de Propaganda. Miravitlles arregló el asunto con un par de llamadas telefónicas y le encontró a Simone una plaza en un hospital militar de Sitges. Se ofreció a llevarlos.

16

23 de agosto. Pina de Ebro. Diario de Ridel y Carpentier.

«Todo el mundo parece cansadísimo, pero muy tranquilo y en buena armonía, cuando hace unos días, como no hacíamos más que comer, beber, dormir y marchar al aire libre, gastábamos nuestras fuerzas en discutir sobre recetas de cocina o sobre una fecha histórica. Los combates nos han apaciguado y relajado.

»Nos despiertan definitivamente los cañonazos de una sección de artillería de Quinto.

»Primero caen unos cuantos obuses de 150 en los alrededores de Pina, luego nos apuntan a nosotros y poco a poco ajustan el tiro hasta alcanzar la granja, que empieza a arder.

»Entretanto, nosotros aprovechamos para abandonar ordenadamente nuestras posiciones.

»Nuestra artillería es demasiado débil para acallar los cañones de Quinto, nuestra aviación está bombardeando Huesca.

»Nos vemos obligados a replegarnos hacia el río y dejamos nuestras provisiones y ropas a merced de las llamas.

»Del Comité de Guerra nos llega la orden de evacuar definitivamente.

»A mediodía nos reagrupamos en el pueblo, sin otra cosa que lo que llevamos puesto, nuestras armas y nuestras balas.

»En la otra orilla ondea todavía una bandera roja y negra.

»A primera hora de la tarde aparecen las primeras patrullas fascistas pero desaparecen bajo el fuego de las ametralladoras emplazadas en nuestra orilla.

»Volvemos a nuestro antiguo alojamiento y dormimos hasta muy entrada la mañana del día siguiente.

»Hacía seis días que apenas dormíamos.

»Pero al despertar nos espera una buena noticia: la columna de Caspe-Sástago se dispone a atacar Quinto.»

17

El Terramar era un antiguo hotel de lujo que había sido requisado y convertido en hospital militar. Habían quitado los bajorrelieves del vestíbulo, guardado las inmensas arañas del comedor, y no quedaba rastro de la opulencia de cuando se inauguró, pero no dejaba de ser un lugar selecto.

El médico jefe dirigía el hospital como si fuera un conserje de hotel quisquilloso. Era desconfiado, incluso hostil, se fijaba en el rango de sus pacientes, se cubría las espaldas. Se decía que seleccionaba a los enfermos según la organización a la que pertenecieran. A Simone Weil le asignó un cuartito que daba a la calle, en la parte trasera, muy oscuro. De eso dedujeron las enfermeras el trato que había que dar a la francesa. En cuanto se vio sola, Simone acercó la cama a la estufa y la mesa a la ventana, sacó sus libros, se cubrió las piernas con la manta y estuvo escribiendo hasta bien entrada la noche.

18

El joven falangista aguardaba a que amaneciera. Ante la reja de su celda dormía un campesino de Quinto. Al falangista lo habían apresado cerca de la granja, junto a una acequia. Los soldados españoles habían gritado que querían cargárselo. Lo habían reconocido y lo llamaban por su nombre de pila. Le repetían que era un cabrón. Le arrancaron la medalla de la Virgen. Berthomieu, que no quería ejecuciones, tuvo que coger a uno de las solapas y en eso quedó todo. La Calle lo condujo entonces desde la granja hasta el pueblo a través del bosque, mientras el resto del grupo abandonaba el campamento.

Esa noche los visitó Durruti. Habían preparado una cena. Al acabar de cenar le llevaron al prisionero. Durante una hora, para convencer tanto al joven como a los habitantes de Pina, Durruti expuso las virtudes del ideal anarquista. Fue un discurso de gran elocuencia, lleno de cólera y de esperanza. Tan pronto se dirigía al joven como a la multitud. Al final, enardecido por sus propias palabras y por la implacable conclusión a la que quería llegar, le exigió al prisionero que eligiera bando: o se pasaba a las filas republicanas y salvaba la vida, o permanecía leal a su bando y lo ejecutaban al día siguiente. Los presentes aplaudieron con entusiasmo. Les pareció magnánimo.

19

Bernard y Selma se alojaron en una pensión cercana. Pasaban la mayor parte del tiempo con su hija. Simone no podía andar y se consolaba leyendo en la cama los periódicos que le llevaban, prensa francesa de dos días atrás. No paraba de decirles lo mucho que detestaba aquel lugar, las enfermeras horribles, las matronas de bata blanca tiesa y zuecos ruidosos, brutales y sin delicadeza; además, se regodeaban en maltratar su pierna. La herida supuraba, la fiebre persistía, temían que se gangrenara. Aturdida y deprimida, Simone dormía mucho. A veces la despertaban las migrañas. Eran dolores de cabeza terribles que la taladraban y la sumían en una profunda desesperación. El dolor era tan intenso que no le dejaba hacer nada, y, cuanto más se desesperaba, más odiaba a las enfermeras. Había encontrado una imagen que expresaba este insoportable sadismo de las enfermeras: decía que eran «como gallinas que la emprenden a picotazos con una compañera herida».

Poco después, convencido de que los tratamientos que le aplicaban en el Terramar le costarían la pierna a su hija, el doctor Weil organizó la fuga de Simone, con la ayuda de Michel Collinet, un amigo que se encontraba en Sitges con su mujer desde hacía un mes. Usarían el coche de estos como ambulancia. Llevaron a Simone al automóvil y el médico los seguía agitando un termómetro. Simone se reía y Collinet lo amenazaba: «A mí los fascistas me gustan poco, más vale que se esté tranquilo».

Instalaron a Simone en la habitación de un pisito que el POUM les había conseguido a Bernard y a Selma. Se recuperaba poco a poco. Para que se entretuviera, le llevaron de la biblioteca un ejemplar en inglés de *Leaves of Grass*, de Whitman, y una vieja edición encuadernada del *Voyage en Italie,* de Stendhal. Cuando Simone se sumía en la lectura de un libro, el mundo a su alrededor desaparecía. Recordaron un viaje que hicieron a Bélgica, Simone debía de tener doce años: estuvo mucho rato desaparecida, había perdido la noción del tiempo leyendo entre las dunas *Crimen y castigo*.

20

Día 24 de agosto por la mañana. Pasaron revista. Dos compañeros españoles del grupo habían desaparecido. Berthomieu rabiaba. Una hora después volvieron muy contentos, como si se hubieran ido de juerga. Se jactaban de haber participado en la ejecución de un joven. Habían estado bebiendo en la plaza del pueblo hasta entrada la noche con los soldados de Tauste. Unos granjeros que habían huido de su pueblo por la llegada de las tropas falangistas los incitaron. Al amanecer, los ánimos se habían caldeado. La tarde anterior, Durruti se había negado a entregar al chaval a la turba. Cuando ya se había ido, asaltaron el ayuntamiento. Iban doce, el centinela les abrió la puerta sin hacerse de rogar. Se llevaron al joven falangista a una zona de sotobosque y lo mataron para que sirviera de ejemplo. Más o menos a un kilómetro de distancia del pueblo, junto al río.

Berthomieu los abroncó. Quería expulsarlos inmediatamente. Ridel estaba de acuerdo: «Hemos venido a combatir, no a fusilar a nadie. Si hacemos prisioneros, los entregamos a los españoles, que ellos hagan lo que quieran, pero nosotros no fusilamos a nadie en ningún caso».

21

Simone empezaba a andar, no mucho, apenas unos pasos a las puertas del hospital. Michel Collinet la llevaba a dar largos paseos en coche. El 5 de septiembre, este le contó que la expedición de la isla de Mallorca había fracasado. El Estado Mayor de la Generalitat no estaba preparado, los soldados republicanos se vieron sin apoyo bajo el fuego de los aviones italianos. Se batieron en retirada, abandonando las posiciones ganadas palmo a palmo. De los treinta soldados reclutados en Sitges, nueve no volvieron. Por todas partes se hablaba de venganza, de lanzar una expedición de castigo. Una noche, ejecutaron a nueve fascistas, o presuntos fascistas. A la noche siguiente, hicieron lo mismo. La gente huía. Lo que ella veía en aquel momento, indagando a su alrededor, era el principio de guerra justa: la gravedad de la vida y aquella tendencia hacia la violencia lo anulaban todo. Los crímenes ensuciarían el movimiento: las tropas responderían a la crueldad fascista practicando el terror. Ya cuando estaba en el frente la habían aterrorizado la atracción que ejercían las armas y la omnipotencia que conferían: era el mismo miedo que había visto en los ojos de campesinos y civiles.

Poco después, a mediados de septiembre, recibió la visita de sus dos amigos Ridel y Carpentier. Habían pasado una semana recuperándose en Barcelona —Ridel había sufrido una herida de metralla— y cuando, por unos compañeros, supieron que su hermanita convalecía en Sitges, corrieron a verla. Comieron juntos en un hostal al borde del mar, junto a una cala: bacalao y patatas asadas a la brasa. Los Charles se bebieron varias jarras de vino blanco frío y le contaron mil anécdotas. Le hablaron del frente y de los brigadistas, de Sail y de La Calle, de Berthomieu, de Manuel, el chaval de la granja. Le contaron también la historia de los nuevos compañeros. Había una alemana llamada Augusta Marx a la que, como todos se burlaban, acabaron llamando Trude. Era una refugiada que huía de la Alemania nazi y a la que perseguían por ser judía y de izquierdas. Militaba en el Partido Socialista de los Trabajadores de Alemania, organización gemela del POUM. Primero había vivido escondida en Ámsterdam y luego había emigrado a Barcelona. Pero el que más gracia les hacía era un recluta famoso, un francés que llegó dos días después de marcharse Simone,

toda una celebridad, como decían bromeando. Había sido portada de todos los periódicos, la bestia negra de la burguesía. Se llamaba Émile Cottin, y fue el hombre que en 1919 intentó asesinar a Clemenceau disparando nueve veces contra el automóvil en el que viajaba. El anciano fue alcanzado por tres balas pero sobrevivió, como sobrevivió el mismo Cottin, al que la muchedumbre quiso linchar en el acto. Su juicio dio lugar a una gran polémica entre los partidarios del orden y la prensa anarquista y revolucionaria. El debate fue muy enconado porque, mientras que Cottin era condenado a la pena capital, el asesino de Jaurès era absuelto. Fue el folletín del momento y Simone, que debía de tener diez años, se acordaba. Tres semanas después, y gracias a la campaña lanzada por el periódico *Le Libertaire* en defensa del condenado, Clemenceau intervino para pedir al presidente Poincaré que perdonara a su agresor. Émile Cottin fue declarado «discapacitado severo» y puesto en libertad.

Ridel y Carpentier le contaron también el asalto a la estación de tren de Pina y el ataque que los nacionales lanzaron contra la granja. Y recordaron a Ángel, el joven prisionero ejecutado.

Convencieron a Simone de que se marchara. Pero prometía volver. Bernard Weil fue a Barcelona y pidió a Julián Gorkin que les facilitara todos los medios al efecto: un salvoconducto, los sellos del Comité Central de Milicias Antifascistas en sus tres pasaportes y un coche para cruzar la frontera. Lo hicieron el 25 de septiembre.

En una agenda médica, de esas que regalaban en las farmacias, una especie de calendario con anuncios y que ella usaba para tomar notas, tachado varias veces y reescrito diez páginas más adelante, escribió un poema.

> Unos trozos de papel
> forman tus murallas.
> Unos trozos de papel
> te rodean de murallas.
> Y te protegen el corazón
> y las entrañas.

Carta a Georges Bernanos

«*Estimado señor*:

»Aunque parezca ridículo escribirle a un autor que, en razón de su oficio, está siempre inundado de cartas, no puedo evitar hacerlo después de leer Los grandes cementerios bajo la luna. *No es la primera vez que un libro suyo me impresiona; el* Diario de un cura de aldea *es, a mis ojos, el mejor, al menos de los que yo he leído, y realmente un gran libro. Pero aunque me han gustado otros libros suyos, ninguna razón he tenido para molestarle escribiéndole. Con el último es distinto; he tenido una experiencia semejante a la de usted, aunque mucho más breve, menos profunda, en otro lugar, y que he vivido, en apariencia —solo en apariencia—, con un ánimo muy distinto*.

»Yo no soy católica, pero —y lo que voy a decir le parecerá sin duda presuntuoso a cualquier católico, viniendo de una persona no católica, pero no puedo expresarlo de otro modo—, pero nada católico, nada cristiano me ha sido nunca ajeno. A veces he pensado que, solo con que en la puerta de las iglesias pusiera que se prohíbe la entrada a quien gane más de cierta cantidad, me convertiría enseguida. Desde niña he sentido siempre simpatía por las agrupaciones que defienden a las clases más despreciadas de la sociedad, hasta que me di cuenta de que esas agrupaciones son de tal índole que no merecen ninguna simpatía. La última que me inspiró cierta confianza fue la CNT española. Yo había viajado un poco por España —muy poco— antes de la guerra civil, pero eso me bastó para sentir el amor que es difícil no sentir por ese pueblo; vi en el movimiento anarquista la expresión natural de sus grandezas y sus miserias, de sus aspiraciones más o menos legítimas. En la CNT, en la FAI, se daba una mezcla sorprendente en la que se admitía a cualquiera y, en consecuencia, había inmoralidad, cinismo, fanatismo, crueldad, pero también amor, espíritu fraternal y, sobre todo, reivindicación del honor, algo muy hermoso entre los hombres humillados; me parecía que quienes se les unían animados por un ideal superaban a aquellos a los que los movía la inclinación a la violencia y el desorden. En julio de 1936, yo me hallaba en París. La guerra no me gusta, pero lo que más me indigna de ella es la actitud de los que se cruzan de brazos. Cuando comprendí que, pese a mis esfuerzos, no podía evitar participar moralmente en esta guerra, es decir, desear todos los días, a todas horas, la victoria de unos y la derrota de otros, me dije que quedarme en París era como cruzarme de brazos y cogí un tren para

Barcelona con la idea de participar. Fue a principios de agosto de 1936. Un accidente me obligó a abreviar mi estancia en España. Pasé varios días en Barcelona; luego estuve en pleno campo aragonés, a orillas del Ebro, a unos quince kilómetros de Zaragoza, en el mismo lugar por donde hace poco las tropas de Yagüe cruzaron el Ebro; luego en un hotel de Sitges convertido en hospital; después volví a Barcelona; en total, unos dos meses. Salí de España a mi pesar y con la intención de volver; al final no lo hice porque no quise. He dejado de sentir la necesidad interior de participar en una guerra que ya no era, como me pareció al principio, una guerra de campesinos hambrientos contra terratenientes y un clero cómplice de los terratenientes, sino una guerra entre Rusia, Alemania e Italia.

»He reconocido ese olor de guerra civil, de sangre y de terror que desprende su libro; yo lo respiré. Debo decir que no vi ni oí nada comparable a la ignominia de algunas de las historias que usted cuenta, esos asesinatos de campesinos viejos, esos balillas *que hacen correr a porrazos a los ancianos. Pero lo que me contaron me basta. Estuve a punto de presenciar la ejecución de un cura; en los minutos de espera, me pregunté si me quedaría mirando o si acabaría fusilada por querer intervenir; aún no sé lo que habría hecho si un azar feliz no hubiera impedido la ejecución.*

»¡Cuántas historias se amontonan bajo mi pluma! Pero contarlas sería muy largo, ¿y para qué? Una sola bastará. Yo estaba en Sitges cuando regresaron, vencidos, los milicianos de la expedición de Mallorca. Los habían diezmado. De cuarenta jóvenes que fueron, nueve habían muerto. Esto no se supo hasta que volvieron los otros treinta y uno. Esa misma noche hicieron nueve expediciones de castigo y mataron a nueve fascistas, o que decían que eran fascistas, en aquella pequeña ciudad en la que, en julio, no pasó nada. Uno de esos nueve fue un panadero de unos treinta años cuyo delito, según me dijeron, era pertenecer a la milicia de los "somatén"; su anciano padre, cuyo único hijo y sostén era él, se volvió loco. Otra historia: en Aragón, un grupo internacional de veintidós milicianos de todos los países apresó, después de una escaramuza, a un joven de unos quince años que combatía como falangista. Temblando porque había visto cómo mataban a sus compañeros allí mismo, dijo que lo habían enrolado a la fuerza. Lo registraron, le encontraron una medalla de la Virgen y un carné falangista; lo enviaron a Durruti, jefe de la columna, quien, después de exponer durante una hora las virtudes del anarquismo, le dio a elegir entre morir o enrolarse inmediatamente en las filas de los que lo habían apresado y luchar contra sus compañeros de la víspera. Durruti le dio veinticuatro horas para que se lo pensara; al cabo de esas veinticuatro horas, el muchacho dijo que no y fue fusilado. Y eso que Durruti era en cierto sentido una persona admirable. La muerte de aquel

pequeño héroe nunca ha dejado de pesarme, aunque me enteré después de que ocurriera. Y otra: en un pueblo que rojos y blancos tomaron, perdieron, volvieron a tomar y volvieron a perder no sé cuántas veces, los milicianos rojos, tras tomarlo definitivamente, encontraron en los sótanos de las casas a un puñado de personas aturdidas, asustadas y hambrientas, entre las que había tres o cuatro jóvenes. Razonaron así: si estos jóvenes, en lugar de venirse con nosotros la última vez que nos retiramos, se han quedado a esperar a los fascistas, es que son fascistas. Y los fusilaron en el acto, luego dieron de comer a los demás y se creyeron muy humanos. Una última historia, esta ocurrida en la retaguardia: dos anarquistas me contaron cómo, con unos compañeros, apresaron a dos curas; a uno lo mataron en el acto, en presencia del otro, de un pistoletazo, y al otro le dijeron que podía irse. Cuando estuvo a veinte pasos, lo abatieron. El que me lo contaba se sorprendió de que no me riera. En Barcelona, en expediciones punitivas se mataba un promedio de unas cincuenta personas cada noche. Proporcionalmente, era mucho menos que en Mallorca, dado que Barcelona es una ciudad de casi un millón de habitantes, y además hubo una batalla callejera que duró tres días. Pero las cifras quizá no son lo esencial en estas cosas. Lo esencial es la actitud frente al asesinato. Nunca he visto, ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses que fueron unos a combatir, otros a pasearse —estos últimos, casi todos intelectuales grises e inofensivos—, nunca he visto a nadie expresar ni siquiera en la intimidad repulsa, asco o simplemente desaprobación ante sangre inútilmente derramada. Habla usted del miedo. Sí, el miedo desempeña su papel en estos crímenes; pero donde yo estaba no le vi la función que usted le atribuye. Hombres aparentemente valientes —yo conocí al menos uno—, en una comida llena de compañerismo, contaban con una gran sonrisa fraternal a cuántos curas o «fascistas» —término muy lato— habían matado. Yo he sentido, en lo que a mí respecta, que, cuando las autoridades temporales y espirituales separan a una categoría de seres humanos de aquellos cuya vida vale algo, nada le es más natural al hombre que matar. Si sabemos que podemos matar sin que nos castiguen ni nos culpen, matamos; o al menos rodeamos de sonrisas alentadoras a quienes matan. Si acaso sentimos al principio cierta repulsa, la acallamos y la ahogamos por miedo a parecer poco viriles. Hay en eso una fuerza que arrastra, una embriaguez a la que es imposible resistirse si no se tiene una voluntad que he de creer que es excepcional, porque no la he visto en ningún sitio. Lo que sí he visto es a franceses pacíficos a los que antes yo no despreciaba que, aunque no pensaran en matar ellos mismos, se bañaban en esa atmósfera impregnada de sangre con visible fruición. Por esa gente nunca podré volver a tener estima alguna. Esa atmósfera borra enseguida el fin mismo de la lucha. Porque no podemos concebir ese fin —

el bien público, el bien de los hombres— cuando no damos ningún valor a los hombres. En un país en el que los pobres son, en su gran mayoría, campesinos, el bienestar de los campesinos debe ser el fin esencial que persiga todo grupo de extrema izquierda; y esta guerra fue quizá, antes que nada, al principio, una guerra a favor y en contra del reparto de tierras. Pues bien, esos míseros y magníficos campesinos de Aragón, orgullosos en medio de las humillaciones, ni siquiera eran para los milicianos objeto de curiosidad. Aunque sin insolencia, sin injuria, sin brutalidad —al menos yo no las vi, y sé que, en las columnas anarquistas, el robo y la violación se castigaban con la muerte—, un abismo separaba a los hombres armados de la población desarmada, un abismo exactamente igual que el que separa a pobres y ricos. Eso se veía en la actitud siempre humilde, sumisa, temerosa de los unos, y en la naturalidad, la desenvoltura, la condescendencia de los otros.

»Partimos como voluntarios, con ideas de sacrificio, y nos metemos en una guerra que parece de mercenarios, en la que sobra crueldad y falta la consideración debida al enemigo. Podría prolongar indefinidamente estas reflexiones, pero tengo que ponerme un límite. Yo estuve en España, oigo y leo toda clase de reflexiones sobre ese país, pero, aparte de usted, no sé de nadie que se haya bañado en la atmósfera de la guerra española y haya resistido. Es usted realista, discípulo de Drumont, ¿y qué? Me siento incomparablemente más cerca de usted que de mis compañeros milicianos de Aragón, compañeros a los que, sin embargo, yo apreciaba. Lo que dice usted del nacionalismo, de la guerra, de la política exterior francesa de la posguerra, me emociona también. Yo tenía diez años cuando se firmó el tratado de Versalles. Hasta entonces yo era patriota con toda la exaltación que sienten los niños en tiempos de guerra. Las ganas de humillar al enemigo vencido, que rebosaban por todas partes en ese momento (y los años siguientes) de una manera tan repugnante, me curaron para siempre de ese patriotismo ingenuo. Las humillaciones infligidas por mi país me duelen más que las que mi país pueda sufrir.

»Espero no haberle importunado con una carta tan larga. Solo me queda expresarle mi viva admiración.

»S. Weil

»Mlle Simone Weil
»3, rue August-Comte, París (Distrito VI)

»P.S. Le pongo mi dirección de manera maquinal. Primero, porque seguro que tiene usted cosas mejores que hacer que responder a mis cartas. Y, segundo, porque me voy a pasar un par de meses a Italia y una carta suya no me llegaría seguramente sin que la detuvieran por el camino.»

II
Una carta en una billetera

Historias

A la muerte de Georges Bernanos, el 5 de julio de 1948, se descubrió en su billetera una carta firmada por Simone Weil. Era una gran hoja de papel gastada, doblada en ocho y metida del revés en un bolsillo. Tenía los bordes rozados y ambos lados ennegrecidos, las dos caras escritas con una letra infantil. Llevaba diez años allí guardada, pasando de chaqueta en chaqueta. Era una de las dos cartas, junto con la de monseñor Fontenelle, que Bernanos conservó toda la vida en su billetera. No sabemos si contestó. Seguro que no. Nada hay en los archivos. En esa carta, Simone habla de la guerra de España y de la lectura de *Los grandes cementerios bajo la luna*. Y expresa un desengaño que es reflejo del de Bernanos, quien cuenta las sangrientas operaciones de los nacionales y las tropas italianas en la isla de Mallorca.

Simone evoca en su carta una ejecución que la conmovió especialmente. Escribe esta frase enigmática que parece resonar con un golpe de tambor: *«¡Cuántas historias se amontonan bajo mi pluma!»*...

A fuerza de observar dos líneas paralelas, acabamos viendo un solo trazo. Hay historias que chocan, salen despedidas en direcciones opuestas y al final parece que convergen y se confunden. Hay momentos distantes pero parecidos, historias que se entremezclan y forman una sola trama cuyas urdimbres son imposibles de desenredar. Hay destinos que se cruzan sin percibirse, tragedias que se escriben sin diálogos, pero si prestamos atención, si aguzamos el oído, podemos escuchar esos relatos entrelazados. Podemos recomponerlos, intentar conocer la verdad del instante, todo lo que la memoria desmenuza y transforma con los años. Esto solo tiene sentido para nosotros, que leemos entre esas líneas esas páginas, fechas y palabras que se borran, cartas y tumbas que olvidamos.

En el otoño de 1974, el cineasta Werner Herzog se entera de que su amiga la crítica e historiadora del cine Lotte Eisner padece cáncer y tiene los días contados. Decide ir a verla a pie, convencido de que vivirá si él camina de Múnich a París. *Del caminar sobre hielo* es una especie de cuaderno de viaje, el de un hombre que se inventa una peregrinación movido y guiado por la amistad y por el pensamiento mágico: es una promesa que se hace a sí mismo y vale tanto como una

plegaria. «Cogí una chaqueta, una brújula, un petate y los objetos indispensables. Mis botas eran indispensables. Se veían tan sólidas, tan nuevas, que me daban confianza. Salí para París por el camino más corto, con la certeza de que mi amiga viviría si iba a pie. Además, me apetecía estar solo».

Yo llevaba mucho tiempo queriendo ir a esos pueblos de Aragón —Tauste, Quinto, Pina de Ebro, Bujaraloz, Fuentes de Ebro—, lugares que albergan la memoria de la batalla del Ebro. Investigando, leí un reportaje de Phil Casoar y Ariel Camacho («El pequeño falangista») en el que se contaba precisamente la vida breve de ese pequeño héroe del que habla Simone Weil en su carta y que me parecía la clave de un misterio. Después de averiguar su nombre en los archivos, nombre hasta entonces desconocido, los dos autores del reportaje desenredan poco a poco el drama gracias al relato de los testigos, ancianos que entonces eran niños, hermanos y hermanas vivos que se cruzan con los hermanos y hermanas vivos de sus enemigos, últimos habitantes de aquellos parajes fantasma (a la región la llaman la «Laponia del sur» por lo despoblada que está). Yo quería caminar por aquellos senderos, ver y oír, comprender un poco, seguir los pasos de la columna.

Tú caíste enferma y la vida se dilató desmesuradamente y a la vez se comprimió hasta la asfixia. Así pues, aplacé el viaje, porque si me iba corría el riesgo de alejarme, alejarme demasiado. Te fuiste una tarde de septiembre. No quedó más que dolor y ausencia. Pasó un mes amnésico. Después partí, pero, al contrario que el camino de Herzog, yo lo hice después de tu muerte. Un camino absurdo: bajar por el Ebro en sentido contrario, avanzar en paralelo a sus orillas, desde Zaragoza hasta el delta, y no pararme hasta llegar al último faro, al mar. Lo hice a despecho del sentido común, de la distancia entre etapas, de las vueltas y revueltas, de lo lejos que estaban las riberas de guijarros y aún más los puentes, de la desembocadura de un río tan intrincado como una red de venas: doscientos cincuenta kilómetros que recorrí, como quien dice, a marchas forzadas, para olvidar, para no pensar. En medio de la noche estrellada de otoño y las brumas matutinas de la llanura.

Además, me apetecía estar solo.

*

¿Dónde empieza esta historia?

Muy posiblemente empieza en Tauste, río arriba. En el monte más bajo, un cerro pelado, amarillento en verano, en la cima, al pie de un olivo de tronco grueso y abierto. Dos hermanos soñaban. El árbol crecía sin que nadie lo podara y el tronco entero estaba lleno de

brotes. A lo lejos se oían las bombas incendiarias y todo el campo se estremecía.

Los cadáveres se amontonaban al fondo de un callejón. Antes, la muerte no existía. La fiebre de la depuración había contagiado a los más razonables. Los niños se hacían los valientes y hablaban de ir a ver a los muertos, se desafiaban como si se tratara de saltar desde un peñasco. Por la noche, escalaban el muro que rodeaba el cementerio y esperaban en la oscuridad; cuando oían pasos, se acercaban y, escondidos, veían pasar a los rehenes escoltados por sus verdugos, casi todos chusma del lugar, muertos de hambre que se habían alistado por un plato caliente o una cajetilla de tabaco. Se oía un golpe sordo, los cuerpos caían como árboles talados sobre la tierra removida.

Ángel trabajaba de contable desde los catorce años en Vigata, una empresa de camiones basculantes. Era el hijo del maestro del pueblo. Eran nueve hermanos, entre chicos y chicas. Cuando llegó la República, en 1931, el padre, Daniel Caro, no se opuso a que quitaran el crucifijo del aula. Era un ferviente católico, pero también un hombre razonable, y pensó que los nuevos métodos de enseñanza y el aumento de los salarios bien valían algunas concesiones. Para los padres de los alumnos, la neutralidad del maestro indicaba de qué bando estaba. Dos años después, en aquel rincón de Aragón, como en todas partes, por cierto, las posturas antagónicas eran ya más vehementes. La familia Caro seguía sin significarse. Pero los debates ya eran enfrentamientos abiertos. El país estaba al borde de la implosión. Cuando la insurrección de julio sumió a la región en la guerra civil, el pueblo, mayoritariamente reaccionario, cayó en manos de los falangistas.

Ya el 19 de julio, la lista de los republicanos estaba hecha, y todas las noches fusilaban a algunos en la pared del cementerio. Viejos odios eran pretexto para denunciar. Un rumor circulaba sobre el maestro. Se acordaban de que no se opuso a los cambios que las autoridades republicanas impusieron, en particular de lo del crucifijo. Se le sospecharon simpatías rojas y el rumor creció hasta el punto de que una noche lo llamaron a capítulo. Algunos de entre los más exaltados afirmaban que era un socialista muy conocido en la capital. A principios del mes de agosto de 1936, en Zaragoza se abrió una investigación para comprobar si su nombre figuraba en la lista de los afiliados al sindicato republicano de profesores y partidos de izquierda. No figuraba. Pero, aunque el cerco se estrechaba sin acabar de cerrarse, el rumor se alimentaba a sí mismo y no cesaría hasta que se confirmara. Antiguos alumnos alimentaban la fama de rojo del maestro. En la oficina, Ángel oía a sus colegas cuchichear a sus

espaldas. Y por la noche veía a su padre cada vez más atormentado, taciturno, con la mirada perdida, angustiado y abatido.

*

O quizá la historia empieza en Mallorca, *«donde la vida es menos cara y el pescado no cuesta nada»*, como decía Bernanos cuando se exilió en la isla.

Un año antes, el 21 de julio de 1934, volviendo en moto de Suiza, Bernanos fue embestido por un coche. Herido, desde entonces cojeaba y se ayudaba de uno o dos bastones. Su pierna era *«un esqueleto»* y su pie, *«paralizado, una especie de pezuña, de aspecto por cierto bastante faunesco»*.

Iba y venía en moto de Palma a Porto Pi, el pueblo en el que la familia se había afincado, en una *«casa extraordinaria»*. Agobiado por problemas económicos —sus escritos apenas llegaban a cubrir los anticipos que recibía por ellos—, y ante el rechazo de su *«novelita policiaca»*, que su editor juzgaba demasiado compleja, tuvo que reescribir, condensar y suprimir pasajes en el manuscrito, tarea que lo mantuvo mucho tiempo apartado del *Diario de un cura de aldea*, la historia de «un joven santo sin experiencia y de los mediocres que lo rodean», como resumía en una carta; un cura que, tanto en su torpeza como en su exaltación, ponía de manifiesto la impotencia de la bondad en un mundo ruin y odioso. Cuando terminó *Un crimen* —el título también sufrió sus debidos cortes y pulidos—, se puso a escribir aquel *Diario* que estaba deseando escribir, porque iba a tener mucho de biográfico. Sentado en el cuarto trasero del café Borne o de La Alhambra, escribía febrilmente, página tras página, rodeado de jugadores de ajedrez y de dominó. Durante un año, hasta diciembre de 1935, Bernanos contó disimuladamente sus recuerdos de infancia. Borraba el paisaje circundante y hacía aparecer la campiña de Artois. Dejaba latentes sus pensamientos, escribía a golpe de fulguraciones y de observaciones, sin preocuparse de la trama novelesca: que el lector hiciera lo demás; el libro avanzaba a trompicones pero iba cobrando forma.

Así avanzaba su mundo. Pero el otro mundo también. Por un lado estaba la obra que él escribía; por otro, la guerra que se preparaba. Era lo irónico de aislarse del tumulto: que de pronto lo vería en la puerta.

En febrero de 1936, el Frente Popular ganó las elecciones. Bernanos, que simpatizaba con la Falange, deseó la caída de la coalición de izquierdas.

Diario de un cura de aldea, publicado en marzo de 1936, cosechó un gran éxito de crítica y público. El 10 de julio obtuvo el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa. El 18, mientras la burguesía local homenajeaba a Bernanos en el Ateneo de Palma, unidades del ejército se levantaban contra la República. El golpe de Estado militar marcaba el comienzo de la guerra en la península. Al día siguiente, con la adhesión de los soldados de Mallorca y la policía del general Goded, la insurrección se extendía en las Baleares.

A diferencia de otros extranjeros, que huyeron enseguida a bordo de barcos militares, Bernanos decidió quedarse en Mallorca con su hijo de dieciséis años, Yves, que se alistó voluntario en las filas falangistas: el escritor estaba orgulloso y en su correspondencia hablaba de él como de una especie de caballero medieval.

«Vuelvo a ver aquella resplandeciente mañana de domingo. El mar, el tranquilo mar de Palma, no tenía una onda. El camino que, saliendo del pueblo de Porto Pi, lleva a la carretera, estaba aún lleno de sombras azules. Como en el antepenúltimo capítulo del Diario de un cura de aldea, *la alta moto roja, reluciente, rugía debajo de mí como si fuera un pequeño avión. A los dos kilómetros me detuve en una gasolinera. La persiana metálica del garaje solo estaba levantada a medias […]. Entonces me di cuenta de que la carretera estaba desierta. También lo estaba la calle Catorce de Abril, al final del barrio del Terreno, calle que gira bruscamente y da al interminable muelle reservado para las barcas de pesca, que sigue la vieja muralla en la que ondearon estandartes sarracenos. "¡Alto!" Aún oigo el creciente chirrido de mis frenos resonando en el solemne silencio.*

Veo a cinco o seis hombres que me rodean, fusil en mano. "Nada de tonterías", les digo en mi español macarrónico, "soy el padre de Ifi." "¡Échese a un lado, señor, no se quede en el campo de tiro!", gritaba desde lejos un teniente de la Falange. Sus hombres ocupaban el arcén, escondidos tras los árboles... ¿El campo de tiro? ¿Qué campo de tiro? Al final, allá al final del inmenso muelle completamente desierto, a una distancia que nunca me había parecido tan grande, veía, abierto como unas fauces, el portón del cuartel de caballería. "Amigo", le dije al teniente, "con lo que tiene usted ahí no podrá contra la tropa." (El ejército republicano no me inspiraba, lo confieso, ninguna confianza. Temía que cometiese otro perjurio.) "Los soldados están con nosotros", dijo el teniente.

*

La tarde del 4 de agosto, Ángel Caro asistía en el bar del pueblo al discurso de un jefe de la Falange local. El hombre exhortaba al gentío a alistarse en nombre de España, de Dios y de Cristo Rey. La ofensiva de las columnas anarquistas contra Zaragoza había diezmado las filas del ejército y reclutaban tanto a adolescentes como a ancianos. Posiblemente, el razonamiento de Ángel era simple: si se alistaba, exculparía a su padre. No dudó.

No era raro que pasara la noche fuera con los amigos, sin avisar. Por la mañana, su padre, preocupado por su ausencia, lo buscó por las callejuelas de Tauste. En el bar le dijeron que salía un convoy militar de la calle mayor. Fue corriendo y solo llegó a tiempo de ver que el camión arrancaba y que en la plataforma trasera, entre unos veinte jóvenes reclutas, iba su hijo, que rehuyó su mirada.

El delegado de la Falange le confirmó que Ángel se había alistado y le dijo adónde lo habían destinado. Iría como voluntario al frente de Quinto en las filas de la Falange 29. Pasaron los días y les llegó la primera carta, escrita desde el cuartel de Castillejos de Zaragoza. Con palabras sencillas, Ángel alababa la grandeza del combate, el orgullo de tomar las armas. Hablaba de su fusil, de su hermosa pistola.

El padre dejó de hablar. Por la mañana temprano acompañaba a su mujer a misa, con un rosario y una fotografía que le hicieron a su hijo en la escuela a los diez años. Tenía una mirada sombría, franca, la tez morena, repeinado. Recibieron otra carta del frente y después nada. Una tarde, un delegado falangista fue a casa de los Caro, en la calle Zaragoza, y les dijo que habían matado a Ángel. Era un 24 de agosto. El hombre se dirigió al padre con actitud compasiva y solemne, pero en sus ojos este leyó más bien celo y necedad. Balbucía: «Su hijo ha muerto, ha muerto por Cristo Rey, por España». Daniel Caro quedó destrozado.

*

Bernanos hacía la crónica de un conflicto que a él le parecía una guerra de niños, en la que su propio hijo participaba. Salía temprano para ver el frente, seguía la costa con su moto, su bello *«juguete rojo y gris»*.

El inminente desembarco de los republicanos en Mallorca desató una oleada de purgas. Hubo familias enteras que fueron asesinadas por una simple denuncia. Las tropas falangistas, apoyadas por un contingente de fascistas italianos, dirigían las operaciones. De la desconfianza a la repulsa solo hay un paso, y Bernanos lo dio en otoño, cuando empezó a hablar de capitulación moral y a denunciar el poco precio que se daba a la vida humana y la sangre que se vertía por pura crueldad, la complicidad de la burguesía, la transigencia del clero, las pocas luces de la soldadesca. *«Me impresiona que esta pobre gente sea incapaz de comprender el juego horroroso en el que han comprometido sus vidas [...]. Y no sé describir la admiración que me inspira el valor, la dignidad con la que he visto morir a estos desgraciados.»*

A principios de septiembre, quedó patente que el desembarco catalán en Mallorca había fracasado. La última ofensiva sobre Manacor se saldó con una derrota. Y, en la noche del 4 al 5 de septiembre, el Estado Mayor republicano ordenó la retirada de las tropas de Baleares. Las columnas se replegaron precipitadamente, abandonando a los heridos y a muchos soldados, que, atrapados entre las zonas de combate, se encontraron a merced del enemigo.

El 5 de octubre, en un artículo para el periódico *Sept*, Bernanos zanjaba la cuestión: *«No escribo sobre los acontecimientos de España porque los veo desde demasiado cerca. Una guerra civil es una guerra civil»*.

*

Simone Weil dejó de creer en la victoria republicana —¿creyó en ella, por cierto, alguna vez?—, pero seguía fiel a un principio del que excluía la idea misma de eficacia: el de unirse siempre al bando de los vencidos. Escribió: *«estar siempre dispuestos a cambiar de bando, como hace la justicia, esa fugitiva del bando vencedor»*.

Participó en asambleas de militantes parisinos y asistió a un acto en favor de la España republicana que tuvo lugar en un cine de la avenida Émile-Zola: agitó su pañuelo rojo y negro y tomó la palabra

para defender la postura anarquista y atacar a los estalinistas. Fue también a Bourges vestida de miliciana e intentó convencer a unos antiguos colegas de que asaltaran el arsenal de la ciudad para así poder enviar cañones al frente de Aragón. Seguía convaleciente y pidió una baja en su plaza de docente, que renovó a principios del siguiente año. Aprovechó ese tiempo de reposo para escribir sobre lo que significaba el compromiso, sobre la fascinación que ejerce la fuerza y cómo se corrompe, sobre el movimiento casi natural que va de la espontaneidad de una revolución a su estructuración política mortífera. Pero se negaba a contar su propia experiencia: la sola idea, decía, la repugnaba. En un artículo titulado «¿Debemos engrasar a las botas?» que publicó el 27 de octubre, poco después de regresar de España, propugnaba un pacifismo activo y condenaba toda forma de intervención de los Estados que pudiera acarrear una guerra más amplia en Europa. Abogaba por el compromiso individual de los voluntarios, una postura que se alimentaba de su experiencia en el campo de batalla. Criticaba a quienes defendían la guerra pero nunca irían a luchar. *«Sí, nosotros retrocedemos y retrocederemos siempre ante la guerra. No porque seamos cobardes. Lo repito: quienes temen pasar por cobardes ante sí mismos son libres de irse a España a que los maten...»* Pese a su amargura y desengaño, decía que en cuanto se le curase la pierna volvería a las filas de la columna.

Carpentier fue a visitarla en diciembre y la disuadió de regresar a España. Le contó que la centuria había sido diezmada a mediados de octubre en una última batalla que se libró en las estribaciones de la sierra de Alcubierre. Ya muy tocados por la ofensiva de Siétamo, el Grupo Internacional se vio atrapado en una emboscada de jinetes marroquíes a la entrada del pueblo de Perdiguera. Atrincherados en casas que tomaron al empezar la batalla, faltos de munición, resistieron dos horas y se retiraron. Eran doscientos cuarenta combatientes y aquella tarde murieron ciento setenta. Louis Berthomieu se hizo explotar con dinamita para que no lo apresaran y fusilaran. Sail Mohamed, uno de los pocos supervivientes, fue nombrado delegado del Grupo Internacional, o de lo que quedaba de él. Ridel y Carpentier se salvaron porque esa misma mañana les encomendaron una misión que los tuvo alejados del frente. La mayoría de los compañeros a los que Simone había conocido a orillas del Ebro habían muerto. Carpentier y Ridel emprendieron el regreso a Francia al día siguiente de la masacre de Perdiguera, tras aceptar la misión que les encomendaba la Unión Anarquista francesa: dar una serie de conferencias por toda Francia cuya recaudación iría al centro de aprovisionamiento de las milicias antifascistas españolas. Promovía la

iniciativa el periódico *Le Libertaire* y su objetivo era hacer propaganda en favor de los republicanos.

*

Terribles accesos de ira. Bernanos ya no ocultaba su repulsa. En el café La Alhambra, despotricaba abiertamente contra los carniceros italianos y denunciaba las matanzas que perpetraban en la isla. Renegaba de sus primeras ideas y se oponía frontalmente al bando falangista, por lo que había pasado a figurar en la lista negra de los opositores de la isla y Franco había puesto precio a su cabeza. Su hijo Yves no quería abandonar las filas nacionales, pero también se había desengañado e intentaba que lo destinaran a la península para alejarse de los fascistas italianos. Bernanos soñaba con las colonias, quería irse lejos, a otro continente, a Paraguay, país que él imaginaba paradisiaco. En un cuaderno, empezaba a trazar el borrador de *Los grandes cementerios bajo la luna*, un diario de España. Yves fue destinado a Oviedo y la familia Bernanos regresó a Francia en barco el 27 de marzo de 1937.

*

A finales de abril, Simone Weil viajó a Italia. Visitó primero Stresa, luego Milán, Bolonia, Ferrara y Rávena. Conoció por la prensa el alcance de la masacre de Guernica y la represión sufrida por los anarquistas en Barcelona. Poco a poco los recuerdos de España se difuminaban, quedaba la impresión tenaz de un terrible desastre. El relato de la batalla de Perdiguera la afectó mucho, igual que enterarse de la muerte de Durruti. No se engañaba: sabía que todo se perdería; esperanzas truncadas, camisas empapadas en sangre, solo el dolor de la muerte, cólera sin entusiasmo, tristeza del esfuerzo inútil.

En mayo de 1937, vivió unos días entre Florencia y Roma. Aunque le dolía el pie, visitó monumentos, el Capitolio, el Foro, San Pedro, San Anselmo. De camino a Umbría, quedó fascinada por Perugia y Asís. En la pequeña capilla de Santa Maria degli Angeli se arrodilló y rezó. De regreso a Francia, se enteró de que Bilbao había caído.

Por la misma época, tomaba notas para un artículo de título evocador: «Reflexiones para no gustar». En este artículo, condenaba la lenta e imparable deriva autoritaria de los anarquistas y se apartaba de su bando. Decía, a modo de advertencia: *«Voy, lo sé, a desconcertar, a escandalizar a muchos compañeros. Pero cuando se habla en nombre de la*

libertad, hay que tener el valor de decir lo que se piensa, aunque no guste». Desarrollaba la idea de que todo lo que detestaban los republicanos españoles y sus compañeros —la coacción militar y policial, la mentira, el aparato estatal y legislativo que somete al individuo, la propaganda de la prensa— lo habían adoptado ellos o acabarían adoptándolo necesariamente. Poco a poco, el espejismo de una causa justa se desvanecía y pronto no quedaría más que un enfrentamiento de naciones en una tierra extranjera. Pero, como temía que malinterpretaran sus palabras y que la atacaran, decidió no publicar el artículo. Poco a poco se apartaba de la causa española. En España también había visto miedo y mentira, y una cosa que resulta odiosa a todo aquel que en su vida se propone conciliar principios y actos: que no hay causa justa que no ensuciemos por querer hacer que triunfe. Esto la cambió, imperceptible, insidiosa y definitivamente, pero nunca cayó en la pereza innoble de la inacción ni en el cinismo ruin del chistoso desesperado; al contrario, se diría que, en el difícil trance de la esperanza frustrada, afirmaba una ética, como si templara un acero, la ética de no aceptar la infamia del mal menor, la de ensuciarse las manos, la de transigir con nosotros mismos; y eso hasta el sacrificio. No es que hallara su «camino de Damasco», como suele decirse; el camino que, aun a riesgo de su vida, tomó a orillas del Ebro fue el de los Gracos. Era la imagen que ella evocaba en un texto que escribió a finales de verano, una «meditación sobre la obediencia y la libertad» que podríamos leer como su testamento español.

A la vuelta de las vacaciones, retomó la docencia en Saint-Quentin hasta que los dolores de cabeza, cada vez más fuertes, la obligaron a descansar.

*

En septiembre de 1937, Bernanos sufría otro accidente de moto que agravaba su herida. En una carta a una amiga, ironizaba: «Me digo que me hacía falta esta contrariedad para seguir con mi pobre libro. Ya pagué el *Diario* con la misma pierna en 1934. Ahora me sirve otra vez».

*

Ridel y Carpentier dejaron la Unión Anarquista durante el congreso de noviembre. Ellos, que se habían sacrificado por la libertad, se oponían a quienes apostaban por defender la España republicana costase lo que costase. Denunciaron el apoyo incondicional que se daba al antifascismo español, la ceguera que se tenía ante la contemporización

de los ministros anarquistas y ante la represión orquestada por los comunistas. Y lo hacían después de la traición que supuso que los ministros del gobierno intervinieran para impedir que las milicias salieran a la calle cuando los estalinistas empezaron a purgar anarquistas.

La muerte de Durruti había marcado el fin del «breve verano del anarquismo», y si rendirse a la evidencia significaba cumplir sin más las órdenes y traicionar el ideal, que con ellos no contaran. No serían cómplices de un engaño con el pretexto de que la unión era sagrada.

*

Poco a poco, decimos, Simone se alejó de la causa española. En ese momento su interés se centró en la lucha contra el colonialismo. Creía que la guerra, por terrible que fuera, significaría el fin de las colonias de la vieja Europa: «Cuando pienso que puede haber guerra, con el espanto y el horror que esa perspectiva me causa, esa idea, lo confieso, se mezcla con otra que no deja de consolarme. Y es que una guerra europea podría dar la señal para que los pueblos coloniales se tomaran la gran venganza y castigaran nuestra despreocupación, nuestra indiferencia y nuestra crueldad».

Apoyó a la organización Estrella Norteafricana, disuelta por orden gubernamental. Incluso tomó la pluma para defender a su fundador, Messali Hadj, cuando fue acusado de «conspirar contra Francia»

*

A la muerte de Berthomieu, Sail Mohamed pasó a encabezar la Centuria Faure de Aragón y combatió aún largo tiempo en el frente de Farlete. De regreso en Francia, siguió defendiendo la causa anarquista y fue un adalid de la lucha anticolonial. Como Simone Weil, apoyó a Messali Hadj y se opuso a la disolución de su organización y a la represión en Túnez (dieciséis muertos). ¿Coincidieron en una reunión que tuvo lugar en la sede de la Mutualité? Lo que sabemos es que Mohamed se encontró con Ridel y Carpentier en el congreso de la Unión Anarquista. Un amigo común, Feuillade, fue testigo y registró lo que Sail dijo en la ocasión: «Con tal de conseguir un fusil, le habría lamido el culo a un poli».

Guardaría siempre, cosida en el forro de la chaqueta, una fotografía del grupo, que se hicieron antes de una ofensiva en el frente del Ebro. Él, Sail, es el hombre elegante del traje que está sentado en medio, en la primera fila.

Exilios

Fuera de las aulas, nadie volvió a oír hablar a Daniel Caro. Había perdido a Ángel. Su hijo era una voz, una mirada, un recuerdo, pero Daniel ya no esperaba oírlo, verlo, recuperarlo.

En marzo de 1938, el maestro y su mujer fueron a Pina de Ebro, que los nacionales habían tomado de nuevo. Preguntaron a numerosos vecinos, hasta que uno de ellos contó cómo habían ejecutado a un joven prisionero. Se lo había referido uno de los que participaron en la ejecución. Se acordaban de esos republicanos de Tauste que se habían

refugiado en Pina al poco del levantamiento; muchos de ellos habían perdido a un pariente en las purgas y se escondían en zona republicana. Una noche se enteraron de que habían hecho prisionero a un falangista de su pueblo, un adolescente al que algunos conocían. Exigieron que se les entregara, pero las autoridades se negaron. Después de pasarse la noche bebiendo, asaltaron la celda y se llevaron al joven al bosque. Confesaron, fanfarrones, que, después de ejecutarlo, quemaron el cuerpo y lo arrojaron a una fosa común cerca del campo de fútbol.

Cavaron en aquel punto y no tardaron en hallar el cadáver de un joven. Por la cicatriz de una herida que se había hecho jugando de niño en la frente, la madre de Ángel supo que era su hijo.

En el entierro, y pese a las recomendaciones del padre, sonaron trompetas e himnos. Ángel se convirtió en un mártir para los franquistas, en un héroe del levantamiento cuya historia variaba según la propaganda lo requiriese. La crónica del entierro del «compañero Ángel Caro Andrés» que hizo el periódico local era una alabanza de Franco y de Cristo Rey; la historia del asesinato de un joven valiente que se había enfrentado a las «hordas del nuevo Atila» y había plantado cara a Durruti, «el pontífice del crimen». Así se contaba la escena del enfrentamiento: ante el ogro injusto, Ángel se trocaba en un Sócrates que bebía la cicuta, sereno y orgulloso, y gritaba a sus verdugos: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Generalísimo!».

Daniel Caro evitaba mirar a los vecinos, su compasión idiota, el recuerdo de lo cobardes que habían sido. Pidió el traslado a Zaragoza y la familia se mudó al año siguiente.

*

Hay una cosa mil veces peor que la ferocidad de los brutos, y es la ferocidad de los cobardes; estoy destrozado…

*

Los grandes cementerios bajo la luna denunciaba los crímenes cometidos por los nacionales en España. A Simone Weil aquello le sonaba tan familiar que llenaba de notas los márgenes, páginas enteras. Lo que leía sobre las atrocidades cometidas en la isla de Mallorca era como el reflejo inverso de los atropellos cometidos en las trincheras de Aragón. Compartía la desesperación lúcida del autor. Era la experiencia opuesta, pero el mismo desengaño. Él pintaba a unos personajes que se veían enredados en los hilos de la Historia, que eran devorados por

un fanatismo bárbaro o por bajas venganzas, y para ella tampoco había otra forma de compromiso que no fuera explorar esa realidad. Habría podido hacer suyas algunas de las experiencias del autor: «En este escenario reducido me ha sido posible conocer a todos los personajes. He visto a la vez el gesto del que manda y el del que ejecuta, a los protagonistas y a los comparsas. He hablado con unos y con otros. He oído sus justificaciones, compartido a veces sus remordimientos. La idea que me hago de ellos, después de tantos meses, sigue siendo, así lo creo, humana». Simone se imaginaba dialogando con él. Y, venciendo el temor, el ridículo o el riesgo que supone siempre dirigirnos a un desconocido al que admiramos, le escribió una carta (seguramente en mayo de 1938, antes de viajar a Italia), una simple hoja, escrita en tono de confianza y con un fervor contenido. Era una carta que no pedía respuesta.

*

En Marsella, una noche de julio de 1938, Bernanos partía de Francia con su familia a bordo del *Florida*, un transatlántico con rumbo a Sudamérica. Comenzaba así un exilio que duraría siete años y que lo llevaría, a lomos de caballo, desde el Paraguay con el que había fantaseado al Brasil de la Cruz das Almas. En el secreto de su corazón y en su chaqueta llevaba una cosa: la carta que Simone Weil le había enviado unas semanas antes.

*

Tras la caída de Barcelona, y frustradas las últimas esperanzas de la República, la guerra civil española terminó y se produjo un éxodo de refugiados que cruzaron la frontera de los Pirineos. Fueron doscientos sesenta y cuatro mil exiliados a los que se trató como a criminales y se hacinó en condiciones espantosas en lo más crudo del invierno de 1938. Se calculaba que, en julio del año siguiente, eran quinientos mil los que ahora llamaríamos migrantes. Campos de concentración levantados deprisa y corriendo en las playas, cárceles a cielo abierto, barracones que los mismos prisioneros construían, nombres cargados de historia: el campo de Bram, el de Agde, el de Vernet, donde fueron recluidos los anarquistas, sobre todo los de la columna Durruti; el de Gurs, para las Brigadas Internacionales; el de la Cerdaña, el de Rivesaltes, el de Saint-Laurent-de-Cerdans, que había sido una fábrica de sandalias. Charles Ridel ayudó como pudo a sus compañeros españoles. En julio, empezó a editar un *Courrier des Camps*, un boletín informativo y de correspondencia para exiliados.

*

En el *Alger Républicain* del 4 de julio de 1938, Albert Camus escribía: «Georges Bernanos es un escritor dos veces traicionado. Si los de derechas lo repudian por haber escrito que los asesinatos de Franco le repugnaban, los partidos de izquierdas lo aclaman cuando él no lo desea en absoluto. Porque Bernanos es monárquico. Lo es como lo fue Péguy y como pocas personas saben serlo. Siente a la vez verdadero amor por el pueblo y repugnancia por las formas democráticas. Habrá que creer que esas cosas pueden conciliarse. Pero, en cualquier caso, este escritor de raza merece el respeto y la gratitud de todos los hombres libres. Respetar a un hombre es respetarlo en su integridad. Y la primera muestra de reverencia que podemos hacerle a Bernanos consiste en no apropiárnoslo y en saber reconocer su derecho a ser monárquico. Creo que era necesario escribir esto en un periódico de izquierdas».

*

Circular del 26 de julio del jefe de la policía francesa enviada a los puestos fronterizos sobre el arresto de Ridel:

SIGUIENDO MI CIRCULAR TELEGRÁFICA DEL 20 DEL CORRIENTE RELATIVA A ROBO A MANO ARMADA COMETIDO EN CHAMPIGNY-SUR-MARNE SOBRE LA PERSONA DE UN COBRADOR DEL BANCO DE FRANCIA, SE ORDENA BÚSQUEDA Y CAPTURA DE INDIVIDUO QUE SE HA HECHO LLAMAR SUCESIVAMENTE CHARLES RIDEL, CHARLES CORBIN, CHARLES COVRANY, EUGÈNE JACQUES BAUDANT, Y UTILIZA EL SOBRENOMBRE DE RIRI, DICE SER CORRECTOR DE PRUEBAS, 25 AÑOS, 1,66 M, COMPLEXIÓN DELGADA, ROSTRO ENJUTO Y SIN BARBA, PELO RUBIO OSCURO, PODRÍA LLEVAR TRAJE AZUL OSCURO.

A Charles Ridel lo buscaban por un delito de robo a mano armada. Primero intentó huir del país en un barco que zarpaba de Marsella, pero, como no encontró plaza, marchó a Bélgica, donde lo ocultó el librero Hem Day hasta que, en noviembre, en Amberes, logró embarcar en un carguero griego con destino a Argentina. Usó papeles falsos, adoptó una nueva identidad: Carlo Mann. En Argentina podría reinventarse, con otro nombre, con otra vida; ampliaba otro poco su «federación de pseudónimos».

*

Simone Weil temía menos el peligro y la desgracia que verse obligada a huir de ellos. No era ciega al riesgo que corría. El primer estatuto de

los judíos, promulgado en octubre de 1940, la había excluido de la enseñanza pública. Era clarividente y veía el peligro, pero aún la horrorizaba más hallarse lejos de la Europa en guerra, a salvo, mera espectadora del desastre. Su hermano André había huido a Nueva York e intentaba que todos emigraran. Sus padres, Bernard y Selma, se hallaban con ella en Marsella y trataban desesperadamente de convencerla para que partiera. Simone accedió solo por protegerlos a ellos, porque temía que, como habían hecho en España, la siguieran hasta el mismo infierno. Y porque esperaba, a través de Estados Unidos, llegar a Londres y unirse a la Resistencia.

«Si nos torpedean, ¡qué buen baptisterio!» El 14 de mayo de 1942, Bernard, Selma y Simone se embarcaban en el transatlántico *Maréchal Lyautey*. El 20 de mayo, el barco hizo escala en Orán. En Casablanca, los pasajeros fueron obligados a desembarcar y los alojaron en un campo de concentración. Entregó a Gustave Thibon sus cuadernos como quien entrega una carta testamentaria. Contemplando el firmamento de África, escribía a un amigo: *«Pensaré en ti mirando Orión, me lo enseñaste un día y enseguida me pareció como si fuera de mi propiedad. Estar rodeada del Mediterráneo por los cuatro costados es algo maravilloso. Una se pasaría así toda la vida (al menos eso creo)...»*.

El 7 de junio, a bordo del *Serpa Pinto*, un paquebote portugués, salieron de Marruecos. Le dijeron que Marcel Duchamp iba también a bordo, pero ella en ningún momento lo buscó. Rehuía a los pasajeros de primera clase. Ella quería que la pusieran en cuarta clase y, mientras esperaba a que los oficiales, que la tenían por loca, lo hicieran, dormía en cubierta, donde conoció a un *boy-scout* que cuidaba de niños refugiados, y a un deficiente mental.

*

El 26 de junio de 1942, en Brazzaville, un chileno se alista como voluntario en las Fuerzas de la Francia Libre con el nombre de Louis Mercier-Vega. Antes de cumplir treinta años, ya había navegado en barcos mercantes por todo el litoral sur. Hablaba francés sin acento. La Resistencia era entonces una especie de cuerpo de legionarios y reclutaba a apátridas y a exiliados sin hacer muchas preguntas. Aquel hombre esperaba desembarcar y llegar a Argel, y fue destinado al servicio de información de Beirut. Ese hombre se presentaba como un refugiado unas veces con el nombre de Louis Mercier-Vega y otras con el de Santiago Parane, y no era otro que Charles Ridel.

*

El 6 de julio, después de un mes de travesía y una escala en las Bermudas, el barco arribaba al puerto de Nueva York. Las primeras noches, los Weil se alojaron en un hotel y luego se mudaron al número 549 de Riverside Drive, un edificio de ladrillo situado en West Harlem con vistas al río Hudson. Algo anonadada por Manhattan, más impresionada de lo que había creído, Simone callejeaba durante el crepúsculo, cuando los rayos del sol caían rasos sobre los edificios y salpicaban las calles de manchas anaranjadas hasta el mar. Un día, paseando por Harlem, entró en un templo en el que estaban cantando góspel.

Intentaron disuadirla de ir a Londres y unirse a la Resistencia, pero ella no cejaba en su empeño, sorda a toda recomendación de prudencia. Escribió muchas cartas, incluso al mismo Roosevelt, y recibía respuestas unas veces protocolarias, otras más claramente hostiles. Instó a dos viejos conocidos, Jacques Soustelle y Maurice Schumann, a que la ayudaran. Les expuso su idea de crear un grupo de enfermeras que operase en primera línea y su deseo de entrar en acción, bien en operaciones de sabotaje, bien formando parte de un movimiento clandestino que actuase sobre el terreno. Viendo que sus esfuerzos eran vanos, convenció al filósofo Alexandre Koyré de que escribiera una carta de recomendación al Estado Mayor. A su madre le decía que la carcomían la ociosidad y la calma, y que, si no podía alistarse en breve, se iría al sur a trabajar en una plantación, codo con codo con los negros explotados. No podía quedarse a este lado de la barrera: cruzarse de brazos era lo que siempre había detestado.

A principios de septiembre de 1942, recibió noticias alentadoras de Maurice Schumann. Le decía que habían enviado su carta a André Philip, el comisario de Interior y Trabajo de la Francia Libre. Aunque rechazaba su idea del grupo de enfermeras, Philip no se oponía a que fuera a Londres. Le anunciaba su próxima visita a Nueva York y la citaba para el mes de octubre. Aunque con reservas, Philip aceptó que se incorporara a la oficina de Londres. El 10 de noviembre, Simone Weil se embarcaba por fin en un carguero sueco. En el muelle, y a modo de adiós, les dijo a sus padres: «Si tuviera varias vidas, os dedicaría una; pero solo tengo una».

*

Tras pasar unos dos años en prisión por actividades antimilitaristas y ser luego internado en el campo de concentración de Cantal, Sail Mohamed lograba evadirse y pasaba a la clandestinidad. Durante la Ocupación, el anarquista cabileño se dedicó a falsificar documentos.

*

Londres le encantaba. Al poco se alojaba en una casa de huéspedes modesta, situada en el barrio de Notting Hill, y se hizo amiga de la casera, la señora Francis, viuda y madre de dos hijos. Le gustaba el ambiente de aquel rincón pobre de Londres del que salía por la mañana temprano para ir al centro, donde estaba la oficina de la Francia Libre. De camino pasaba por Hyde Park y escuchaba a los oradores del Speakers' Corner: le fascinaban y le divertían el espíritu inglés y aquella democracia que se hacía allí mismo, sobre un taburete. Lamentaba haber salido de Francia el año anterior. El confort le resultaba insoportable. Se había prometido compartir el sufrimiento de los humildes. No comía más que la ración estricta y se negaba a encender el hornillo de gas que tenía en la habitación. Colocaba sus papeles en el suelo y sobre ellos ponía gruesos tomos para que las hojas no salieran volando cuando la señora Francis ventilaba el cuarto en su ausencia. Pasaba la jornada en la oficina de información y por la noche, exaltada por su compromiso con la causa, escribía notas para Maurice Schumann en las que exponía numerosos proyectos y estrategias militares. Le prometían que se las transmitirían a De Gaulle, y las metían en un cajón. Fue al teatro a ver *Noche de reyes* y asistió dos veces al concierto de mediodía de la National Gallery.

Intentó durante muchos meses convencer a su amigo y superior Louis Closon de que la enviara a una misión. Pero él se negaba a lanzarla en paracaídas sobre Francia porque temía que la detuvieran, a ella y a otros por su culpa. Valor no es sacrificio. Valor no es morir, decía Closon. Todos la protegían y pocos se burlaban, los idiotas sin duda. Su determinación infundía respeto, y Schumann, como Closon, admiraba su talento.

Dejó la pensión y se mudó a una casa de dos pisos que compartía con otros inquilinos. A mediados de febrero, en un bar del Soho se encontró con un condiscípulo de la Escuela Normal Superior, Jean Cavaillès, que en vano trató de desalentarla. Desesperado, llegó a reprenderla y sermonearla. Pero Simone, como había hecho en España, solo seguía su instinto, y no cejó. Se agenció un casco de paracaidista y un manual de aviación, que estudiaba por la noche y en el que tomaba notas. Pero lo hacía de una manera tan abstracta que tuvo que ver, con una nueva decepción, que elegían a un colega de la oficina para ser lanzado en paracaídas tras las líneas enemigas. Trató de convencer al compañero de que le cediera el puesto, pero antes de que lo hiciera abortaron la misión. Simone lamentaba amargamente su

mala suerte. Se comparaba con un terreno estéril en el que no crece el trigo. Se desesperaba y se deprimía. Se descuidaba. Se preguntaba si no se habría buscado su propia debilidad, si, como le pasó en España, su torpeza no sería el recurso de su miedo. Le escribía a un amigo: «¿Acaso mi cobardía lo tiene todo calculado? Pues soy cobarde por naturaleza. Todo lo que es duro y peligroso me da miedo. ¿Cómo no voy a despreciarme?».

El 15 de abril de 1943, la encontraron desplomada en el suelo de su habitación. La llevaron al hospital de Middlesex y le diagnosticaron una tuberculosis incipiente. En los peores momentos, Simone enviaba a sus padres y a su hermano cartas tranquilizadoras en las que hablaba de la primavera, de pájaros y de jardines floridos, y ocultaba su enfermedad y sus proyectos truncados. Prefería hablar de la vista que tenía desde su habitación sobre Portland Road y pintaba imágenes amables, «en lo alto de un jardín, con ramas de árboles llenas de pájaros y la noche estrellada justo delante de la ventana». Guardaba cama pero contaba la vida en la oficina, hablaba de sus colegas, daba, para que pareciera real, detalles graciosos que ocultaban su drama y decía que era *perfectly happy*. Hacía un esfuerzo absurdo para escribir con una letra firme y clara que disimulara su fatiga.

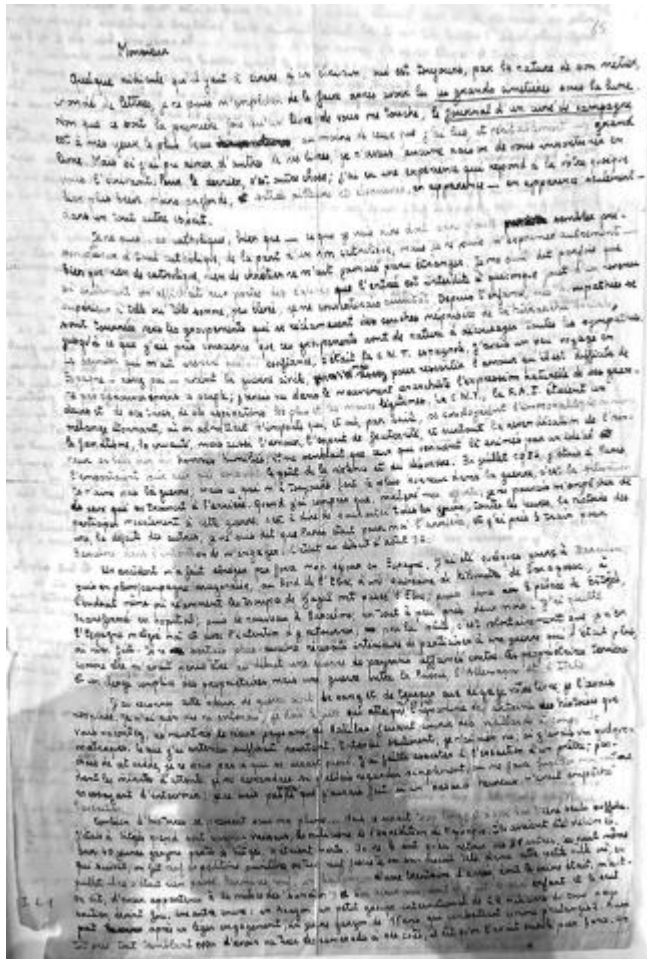
Se agotaba cumpliendo la única misión que habían tenido a bien encomendarle: responder por escrito a los planteamientos del general De Gaulle sobre las posibilidades que tenía Francia de recuperarse, un «preludio a una declaración de deberes para con el ser humano». En sus cuadernos de notas, llamaba a este proyecto *El arraigo*. Hasta entrada la noche o por la mañana temprano, dependía del día, desarrollaba la idea de invertir el paradigma: no ya derechos humanos de los que emanarían deberes, sino deberes para que existieran derechos. Desarrollaba la idea en tres partes: en la primera explicaba las necesidades inherentes al hombre y la precedencia de los deberes; proseguía estudiando los fallos del mundo moderno, que ella achacaba al desarraigo obrero y campesino, y al desarraigo respecto de la nación. Después explicaba lo que entendía por arraigo y las maneras de conseguirlo. Entre líneas, describía su propio estado: *«Los seres humanos que, pese a la carne y a la sangre, han traspasado interiormente un límite que equivale a la muerte, reciben por eso mismo otra vida, que es ante todo verdad. Verdad que se ha hecho viva. Verdadera como la muerte y viva como la vida»*.

No mejoraba. Comía tan poco y tenía los pulmones tan débiles que decidieron ingresarla en el Grosvenor Sanatorium de Ashford, en el condado de Kent. Antes del traslado, recibió la visita de Maurice

Schumann, que venía de Argel. Discutieron vivamente. Ella ya solo era crítica con el movimiento de la Resistencia. Y a él le reprochaba hasta su propio estado de salud y le decía que, como amigo que era y pese a sus temores, tendría que haberle permitido participar en alguna misión en lugar de dejar que se muriera allí en medio de una insoportable pasividad. La última vez que se vieron, él le regaló la novela *El silencio del mar*, de Vercors, y ella se la devolvió sin dirigirle la palabra.

Se alegró de saber que en el sanatorio solo admitían a obreros. Su habitación daba a unos prados y tenía delante un árbol, un pedazo de campiña de Kent. La fiebre no remitía. No comía nada. Solo toleraba té y agua y a veces, cuando la obligaban a comer, una yema de huevo batida con jerez. En sus cartas, recordaba a los locos de Velázquez y de Shakespeare, prisioneros de una verdad que nadie puede entender. Repetía, medio delirando, que su comida se la enviaran a los prisioneros de guerra en Francia. Asfixiada y con los pulmones oprimidos, Simone Weil expiró mientras dormía.

Cartas



Dos años después de que la hallaran en la billetera de Georges Bernanos, la carta de Simone Weil se dio a conocer en una publicación limitada, el *Bulletin de la Société des Amis de Bernanos*. Pasó desapercibida.

*

Seis años después, en 1954, la carta se publicó de nuevo en la revista *Témoins* por iniciativa de Albert Camus. El texto no llevaba ningún

preámbulo, solo lo precedía una cita de *La gravedad y la gracia*.

La carta suscitó enseguida mucha polémica en los ambientes anarquistas. En una carta al director, Camus justifica su publicación y se defiende: «Es lógico que la carta de Simone Weil cause revuelo. Pero que la publiquemos no significa que aprobemos todo lo que se dice en ella. Yo mismo podría objetar varias cosas... Pero está bien que la violencia revolucionaria, inevitable, se separe a veces de la odiosa buena conciencia en la que lleva tiempo instalada».

En una carta que dirigió a la revista en diciembre de 1954, un antiguo camarada del Grupo Internacional de Pina daba su versión de los hechos y contaba la historia según la vivieron quienes dieron su vida por la causa. Firmaba Louis Mercier-Vega, nuestro Charles Ridel, quien, a la sazón periodista del *Dauphiné Libéré*, escribía en *Le Libertaire* con los pseudónimos de Damashki y de Santiago Parane.

«La manera de presentar los incidentes, hechos y acontecimientos, ¿corresponde a la realidad que Simone Weil vivió en España? Según la opinión de los supervivientes del Grupo Internacional de la columna Durruti a la que ella perteneció, no.» La carta es una réplica en toda regla. Aunque reconoce que el documento hallado «es un testimonio directo de la experiencia española de la difunta», critica la complicidad de Simone con el destinatario: «Elige el bando de Bernanos» hasta el punto, según el autor de la carta, de tergiversar los hechos y profanar la memoria de los que cayeron en combate. Aclara: «El caso del joven falangista al que hicieron prisionero los milicianos internacionales se lo contaron esos mismos milicianos, a los que indignó que fusilaran al preso con la aprobación, ante la indiferencia o por orden —esto no se sabe— del Estado Mayor de la columna. Los combatientes reaccionaron igual que Simone Weil. Pero ella busca un parecido con Bernanos y generaliza. No se trata de negar ni de minimizar los horrores de una guerra revolucionaria, ni de disimular los instintos de algunos milicianos. Lo importante es pintar un cuadro completo de los sentimientos y pasiones que se desataron y no de juzgar a los revolucionarios en bloque».

Y prosigue: «Cuando Simone Weil habla de que no vio en los combatientes extranjeros “una voluntad capaz de resistirse a la embriaguez de asesinar” y de “pacíficos franceses que se bañaban con visible fruición en una atmósfera impregnada de sangre”, podemos preguntarnos en qué ejemplos suficientemente numerosos y significativos se basa para hacer semejantes generalizaciones. Nosotros podemos decir que conocimos a combatientes que fueron a España y murieron allí dignamente, en comunión con la gran esperanza

revolucionaria. En Gelsa, dos camaradas italianos, pudiendo replegarse fácilmente, siguieron en su puesto, no por espíritu de sacrificio, sino por el hecho de morir sintiendo que combatían valerosamente. En Perdiguera, un voluntario búlgaro se negó a seguir a sus compañeros que, vencidos, huían en desbandada, diciendo que quería cubrir la retirada, pero, en realidad, lo que quería era desafiar libremente a la muerte». Lo que denuncia es un punto de vista erróneo, un retorcer la realidad para adaptarla a una idea. Bernanos cuenta los crímenes que los nacionales cometieron en la isla de Mallorca, lo que él vio, lo que él oyó. Pero Simone Weil cargaba las tintas. «Por último, decir que los campesinos de Aragón ni siquiera fueron "objeto de curiosidad" para los milicianos nos parece impropio. Cuando avanzábamos por las míseras tierras a orillas del Ebro, eran campesinos de la región quienes nos servían de guía, quienes nos acogían en los pueblos conquistados, quienes se replegaban con nosotros. Y cuando nos fuimos de Pina, fueron campesinos quienes vinieron a darnos las gracias por haberlos protegido sin molestarlos.» Y concluye: «Aquí van estos recuerdos, mi querido Samson, de los que el afecto por Simone Weil sale intacto, pero que expresan también amistad por quienes supieron estar a la altura de su sueño, porque es verdad: la justicia nunca cambia de bando».

Entierros

Dos años después, Mercier-Vega, alias Ridel, publica en la misma revista un artículo titulado «Rechazo de la leyenda». Estamos en el año 1956, la revolución de Budapest parece la última esperanza y el autor quiere denunciar el heroísmo de pacotilla y el revisionismo histórico. Preconiza la memoria justa y silenciosa, la de aquellos que vivieron libres y murieron por sus ideas. La revolución española, escribe, no fue «ni una construcción perfecta ni un castillo de leyenda». Fue el lugar del compromiso. Un sacrificio elegido. Y añade, contra los escritores y sus ficciones: «En los hoyos excavados en las faldas de los montes de Aragón, unos hombres vivieron fraternal y peligrosamente, sin necesidad de esperar nada porque vivieron plenamente, sabedores de que eran lo que querían ser. Queremos entablar un diálogo con ellos, un diálogo con los muertos, para que su verdad ayude a los supervivientes y a los vivientes. De todas aquellas personas, y de miles más, no quedan más que huellas químicas, residuos de cuerpos quemados con gasolina, y el recuerdo de una fraternidad. Demostraron que es posible la vida colectiva, una vida sin dios ni amo, con los hombres tal y como son y en un mundo tal y como los hombres lo hacen. ¿Por qué este ejemplo no ha de ser válido más que en los momentos difíciles? ¿Por qué no hemos de forjar nuestro destino día a día?».

*

Nombre: Ángel Caro. Edad: dieciséis años. Lugar de nacimiento: Quinto. Lugar de fallecimiento: Pina de Ebro. Es uno de los muchos nombres que figuran en un monumento dedicado a hombres asesinados y a hombres asesinos. Es un monumento erigido para expiar la guerra civil. Es una infamia dedicada a un dictador y es la tumba inmensa de hombres humildes. El nombre está grabado en la piedra de ese mausoleo que se llama Valle de los Caídos. En lo alto de la montaña hay una cruz de ciento cincuenta metros. En la basílica, al pie del altar, está la sepultura de José Antonio Primo de Rivera y, hasta hace poco, la de Franco. En los osarios yacen los restos de 33.872 combatientes que fueron enterrados anónimamente. En esos 33.872 restos se mezclan, por una decisión arbitraria, combatientes

fascistas y republicanos, siempre que fueran católicos.

*

En octubre de 2016, en la pared de su casa natal de Taurirt, en Cabilia, se colocó una placa en recuerdo de SAIL MOHAND AMEZIANE, MILITANTE ANARQUISTA. Sail Mohamed había muerto hacía sesenta y tres años, en 1953, en Bobigny, un año antes del inicio de la guerra de Independencia de Argelia, que él tanto deseó. Cuenta la leyenda que, en el entierro del anarquista cabileño y combatiente de la columna Durruti, estaba presente Jacques Prévert, quien le dedicó el poema «Extraños extranjeros», que empieza así:

> Cabileños de la Chapelle
> y del muelle de Javel
> hombres de país lejano
> cobayas de las colonias
> amables músicos
> [...]
> Extraños extranjeros,
> formáis parte de la ciudad
> formáis parte de su vida
> aunque de ella malviváis
> aunque de ella muráis.

*

Es una tumba sin flores, en un cementerio no muy lustroso. Con sus bancos de piedra dispersos entre los árboles, el lugar parece más uno de esos jardines privados que hay en el centro de Londres. En la zona católica, medio oculta entre un espino, hay una losa de granito cubierta de hojas en la que reza, en francés: SIMONE WEIL, 3 FEBRERO 1909 - 24 AGOSTO 1943.

La tumba estuvo mucho tiempo sin inscripción, abandonada. Las mujeres de la parroquia decían que era la tumba de una indigente, sin saber que esa pobreza habría agradado sin duda a Simone Weil. Pasaron los años, creció un abeto junto a la tumba, la lápida se cubrió de tierra. Desaparecía la francesa, a la que algunos recordaban y que tanto había dado que hablar. En aquel momento, la prensa habló de suicidio, con este suelto en la sección de sucesos: «DEATH FROM STARVATION. FRENCH PROFESSOR'S CURIOUS SACRIFICE». *Un curioso sacrificio.* De vez en cuando, un visitante preguntaba a aquellas damas dónde estaba la tumba de Simone Weil. Pasaron los años y en 1958 se creó un comité para dar digna sepultura a aquella huésped de renombre. Se reunieron fondos y, de acuerdo con la familia, se colocó una losa y

una placa de mármol al pie de la lápida con otra inscripción: EN 1942, SIMONE WEIL FORMÓ PARTE DEL GOBIERNO PROVISIONAL FRANCÉS EN LONDRES, PERO CONTRAJO TUBERCULOSIS Y MURIÓ EN EL SANATORIO GROSVENOR DE ASHFORD. SUS ESCRITOS LA HAN CONSAGRADO COMO UNA DE LAS MÁS GRANDES FILÓSOFAS MODERNAS. A la ceremonia asistieron unas diez personas y se leyó el poema *Love*, de George Herbert, que a Simone tanto le gustaba.

En un folleto que hay en la entrada del cementerio se lee la crónica del entierro. Se dice que el 30 de agosto de 1943, en el New Cemetery de Ashford, siete personas asistieron a la ceremonia: la señora Jones, la señora Closon, la señora Rosin, el padre Fehling, Simone Deitz y Maurice Schumann. Su casera, la señora Francis, se tomó un día de vacaciones para despedirse por última vez de «Miss Simone» y depositó en su ataúd un ramo de flores con una cinta tricolor que había cosido esa mañana.

Se cuenta también que pidieron la presencia de un cura, pero que perdió el tren.

SIMONE
WEIL
3 février 1909
24 août 1943

Nota del autor

Figuran en cursiva las citas del *Journal d'Espagne [Diario de España]*, de cartas y de poemas, así como de testimonios de compañeros de Simone Weil y de quienes la conocieron en el verano de 1936.

Los hechos de la vida de Simone Weil están extraídos de la biografía de su amiga Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil [Vida de Simone Weil]* y de los libros de Laure Adler, François L'Yvonnet y Christiane Rancé.

La historia de Ángel Caro y de su padre Daniel no habría podido contarse sin la investigación y las palabras recogidas por Phil Casoar y Ariel Camacho en su artículo «Le petit phalangiste»; el desarrollo de los acontecimientos y la traducción de artículos y archivos están sacados también de ese reportaje. Lo mismo puede decirse de la historia de Charles Ridel (o Louis Mercier-Vega) y de Charles Carpentier, que tampoco podría narrarse sin la obra colectiva *Présence de Louis Mercier* (y en particular los artículos de Phil Casoar «Avec la colonne Durruti: Ridel dans la révolution espagnole» y «Louis Mercier, Simone Weil: retour sur une controverse») y la edición de *La Chevauchée anonyme*, de Louis Mercier-Vega, que incluye el texto «Ni l'un ni l'autre camp» de Charles Jacquier y el testimonio de Marianne Enckell titulado «In Memoriam».

Les Fils de la nuit. Souvenirs de la guerre d'Espagne, de Antoine Gimenez, cuenta la historia de los demás compañeros del Grupo Internacional. Los escritos políticos de uno de ellos, Sail Mohamed, se han reunido en un tomo con el título *L'Étrange étranger. Écrits d'un anarchiste kabyle*.

El autor da las gracias a los conservadores de la Biblioteca Nacional de Francia por la ayuda que le han prestado y por haberle permitido acceder a los fondos Simone Weil, donde se conserva la carta a Georges Bernanos.

De las citas del texto

Manuel Vilas, *Alegría.* © Manuel Vilas, 2019
Simone Weil, «Journal d'Espagne»: Simone Weil, *Œuvres complètes, Cahiers IV*. © NRF, Gallimard
Mohamed Saïl, *L'étrange étranger. Écrits d'un anarchiste kabyle*. © Lux
Charles Ridel y Charles Carpentier, «Avec la colonne Durruti», reportaje para el diario *Le Libertaire*
Simone Pétrement, *La vie de Simone Weil.* © Fayard
Simone Weil, «Lettre à Georges Bernanos»
Werner Herzog, *Sur le chemin des glaces, traducción al francés de Anne Dutter.* © Payot
Georges Bernanos, *Les grands cimetières sous la lune*. © Points
Simone Weil, *La pesanteur et la grâce*. © Plon
Simone Weil, «Réflexions pour déplaire»
Phil Casoar y Ariel Camacho, «Le petit phalangiste», testimonios y extractos de prensa traducidos del español, revista *XXI*
Albert Camus, reseña de *Los grandes cementerios bajo la luna* para *L'Alger Républicain*
Simone Weil, «Lettre à Gustave Thibon»
Simone Weil, *L'Enracinement*. © NRF, Gallimard
Louis Mercier, alias Charles Ridel, «Refus de la légende», *Revue Témoins,* número 12-13
Jacques Prévert, «Étranges étrangers», en *Grand bal du printemps*. © La Guilde du Livre, Lausana, 1951 / © Éditions Gallimard, París, 1976 por la presente edición

De las fotografías

Georges Bernanos en Mallorca, subido a su moto, 1936. © Archivos familiares
Sail Mohamed con la columna Durruti, Grupo Internacional, 1936. © Derechos reservados
Sotobosque junto al río Ebro, Pina de Ebro, fotografía de Adrian Bosc. © Derechos reservados
Carta original de Simone Weil a Georges Bernanos, fotografía de Adrian Bosc. © Derechos reservados
Tumba de Simone Weil en el cementerio de Ashford, fotografía de Patti

Smith. © Derechos reservados

Retrato de Simone Weil en la sede del POUM en agosto de 1936. © Archivos familiares

Últimos títulos
Colección Andanzas

1008. La memoria del alambre
Bárbara Blasco

1009. Luna llena
Aki Shimazaki

1010. Soy una tonta por quererte
Camila Sosa

1011. Los secundarios
Isabel Bono

1012. Lejos
Rosa Ribas

1013. Planta noble
Simonetta Agnello Hornby

1014. Cuarentena
Petros Márkaris

1015. La fórmula preferida del profesor
Yoko Ogawa

1016. Yvo y Jorge
Patrick Rotman

1017. Fugaz
Leila Sucari

1018. El río de cenizas
Rafael Reig

1019. En lo más profundo del sur
John Connolly

1020. Mentideros de la memoria
Gonzalo Celorio

1021. El legado
Asako Serizawa

1022. Vengo de ese miedo
Miguel Ángel Oeste

1023. Todo va a mejorar
Almudena Grandes

1024. Mira a esa chica
XVIII Premio TQE de Novela
Cristina Araújo Gámir

1025. Spinoza en el Parque México
Enrique Krauze

1026. Cómo conocí al sembrador de árboles
Abilio Estévez

1027. La columna
Adrien Bosc

La columna
Adrien Bosc

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 1970 / 932720447

Título original: *Colonne*

Fotografía de la portada: © Apic / Getty Images

© Éditions Stock, 2022

Traducción: © Juan Manuel Salmerón Arjona, 2022

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-1107-199-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!